

COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE
DE SALDAÑA.

PRIMERA PARTE.

DE DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El rey don Alfonso el casto. ✦ *Doña Ximena, infanta.* ✦ *El Alcayde de Luna.*
El conde de Saldaña, galan. ✦ *Doña Sol, dama.* ✦ *Abenyucef, moro.*
Bernardo del Carpio, jóven. ✦ *Don Gaston, caballero.* ✦ *Monzon, lacayo.*
El conde don Rubio, barba. ✦ *D. Bermudo, caballero.* ✦ *Soldados. Música.*



JORNADA PRIMERA.

Salen Bernardo del Carpio y Monzon.

Monz. **H**Oy que la Aldea has dexado,
 donde intratable has vivido,
 y á la corte te has venido:
 hoy que en palacio has entrado,
 y el rey honra con mercedes
 á tu padre y mi señor,
 para lucirte mejor,
 ceñirte la espada puedes:
 que aunque te ví muchos dias
 en la montañia en que estabas,
 que las fieras sujetabas,
 y sin armas las vencías,
 no perdonando ambicioso,
 terror de aquella maleza,
 del ciervo la ligereza,
 la ferocidad del Oso
 en tu edad, y aquí está mal
 sin espada un caballero.

Bern. Sin que mi padre primero
 lo permita, no haré tal:
 hoy me pediré licencia,
 y con su gusto lo haré,

puesto que es mi padre, y que
 se le debe esta obediencia.

Monz. Há, cuerpo de Dios con tanta
 humildad! espada pido,
 si ya no es, que has venido
 por menino de la infanta:
 en tu espíritu gallardo
 extraño la cortesía.

Bern. Ya conocerá algun dia
 el mundo quien es Bernardo.

Monz. Tu padre viene contento,
 y del rey favorecido;
 la sopa te se ha caido
 en la miel para tu intento:
 Llégale á hablar satisfecho
 de tu amor y tu razon.

Bern. Jamas le pedí, Monzon,
 cosa que por mí haya hecho.

Monz. Yo lo creo, pues en duda
 siempre lo bueno condena,
 y para hacer cosa buena,
 aun el nombre no le ayuda.
 Perdona, si claro ó turbio,

mi lenguaje no te quadre.

Bern. Mal nombre tiene mi padre?

Monz. No se llama el conde Rubio?

mi capricho no te asombre,
porque en qualquiera ocasion
de perlas viene el chiton,
por no decir tan mal nombre.

O que mal nombre! mal año:
y tú has de llamarte así?

Bern. Si ya su hijo nació,
he de tomar nombre extraño?

Monz. Bueno es, que tras un diluvio
de hazañas que de tí espero,
muy vulgar y muy casero,
te lleses Bernardo Rubio:
no viene bien. *Bern.* A tu humor
tan buena locura ignalo.

Monz. Ello bien puede ser malo,
mas. no puede ser peor.

Sale el conde don Rubio.

Rub. Qué estais tratando los dos?

Monz. Miren qué falso que viene! *ap.*

Rub. Este bastardo me tiene *ap.*
enfadado, vive Dios.

La soberbia, y el desden
nacieron con él (qué enfadado!)
pues con haberle criado,

no puedo quererle bien:
que como en ofensa mia

nació (digo, de mi amor)
aunque con tanto valor

la infanta de mí se fia,
de suerte en mi pecho lidia

aquel antiguo pesar,
que aun no he podido olvidar
ni los zelos ni la envidia.

Quise á la infanta, y atento

á su amor lloré desvelos;
no me oyó, y de aquellos zelos
aun dura este sentimiento.

Este piensa que es mi hijo,
y pudiera conocer

que lo es, solo con ver,
que no en su presencia me aflijo:

porque el amor paternal

jamás se pudo encubrir:

mas cómo ha de discurrir

bien el que nació tan mal?

Bern. Señor, ya sé que ofendido

te muestras siempre de mí,

mas ya en tu casa nació

sin culpa de haber nacido:

bien que culpa llegue á ser
nacer con desdicha igual,

porque es culpa original
en los hombres el nacer.

Lo que á suplicarte vengo

es, que supuesto, señor,

que no me falta valor,

y años suficientes tengo,

permitas y des licencia

(si mi aliento no te enfada)

para ceñirme la espada,

que en esta humilde obediencia

á mi sangre satisfago,

y debes reconocella,

pues pudiera yo sin ella

ceñirmela, y no lo hago.

Rub. Espada? pues aun no puedo

sin ella y con la razon,

templar vuestra presuncion,

y sin vergüenza y sin miedo

buscáis ocasion mayor?

Bien parece (estoy sin mí!)

que sois:::- mas quédome aquí.

Bern. No soy tu hijo, señor?

Rub. Qué gentil rapacería! *ap.*

pues sabed:::-*Bern.* Fortuna escasa! *ap.*

Rub. Que no ha de haber en mi casa

mas espada que la mia.

Monz. Tome eso, mire si obra *ap.*

la purga, mire si brama

contra el hijo: él no se llama

don Rubio? pues basta y sobra.

Bern. Tan malo es tener, señor,

á tu lado un hijo honrado,

que puesta la espada al lado,

mire por ella y tu honor?

Tan fuera va de camino

ceñirme la espada yo?

Qué padre no se alegró,

por natural y divino

derecho, comun y usado,

de ver su imágen, y ver

restituido su ser

en el hijo que ha engendrado?

Quién no quiere ver copiada

su persona toda entera,

desde la calza á la cuera
 desde el puñal á la espada?
 Solo tú, cuya pasion,
 llevándote á ser ingrato,
 gustas de ver tu retrato
 con aquesa imperfeccion.
 Y dudo, quando contrasto
 el rigor con que me aflijo,
 si soy ó no soy tu hijo,
 si eres mi padre ó padrastro.
 Quien los ejercicios trueca,
 de su mismo ser se enfada:
 yo naí para la espada,
 como otros para la rueca:
 y vive Dios:- *Rub.* Imprudente,
 basta ya, que ver no quiero
 en vuestra mano el acero,
 que se acobarde ó se afrente.
Bern. Acobardarse en mi mano,
 el acero? *Rub.* Sí, rapaz,
 que ni valiente ni audaz
 puede ser el que es villano.
Bern. Luego yo villano soy?
Rub. Mucho aquí me descubrí. *ap.*
 Yo puedo hablaros así.
Bern. Claro está, y por eso doy
 á mi espíritu gallardo
 reportacion tan felice,
 que á ser otro quien lo dice,
 se acordara de Bernardo.
 Mas volviendo á hacer la cuenta
 conmigo, hallo á consolarme,
 que no puedes tú afrentarme,
 sin tener parte en la afrenta:
 porque á ser de otra manera,
 antes que lo pronunciara,
 la lengua se la sacara,
 vive Dios, á cuyo fuera.
Rub. Esta arrogancia insolente
 pretendo yo castigar.
Monz. Mal, señor, sabes llevar
 una inclinacion valiente:
 el rio mas caudaloso,
 con la maña puede ser
 vadeable, y que el que ayer
 fué soberbio, hoy sea piadoso.
 Las prohibiciones fueron
 causa de ímpetu mayor:
 dexadle correr, señor,

por donde todos corrieron.
 Vadéale con descanso,
 que es rio, y ha de parar
 como todos en el mar,
 no le oprimas y irá manso.
Rub. Su desvergüenza, su mengua
 de tí la pudo aprender;
 pero yo sabré poner
 una mordaza en la lengua
 á entrambos. *Bern.* Mira, señor:-
Rub. Qué castigo hay que no os quadre?
Bern. No es posible sea mi padre
 quien me habla con tal rigor.
Monz. Ni quien don Rubio se llama
 puede, por Cristo sagrado,
 ser padre de un hombre honrado:
 llámase Rubia una dama,
 y no sin causa me quejo,
 pues nadie puede dudar,
 que es mina de rejalar
 un don Rubio ó don Bermejo,
Rub. Me respondeis?
Monz. Quién responde?
Rub. Villano:- *Bern.* Tu echura fué.
Rub. Idos entrambos de aquí.
Bern. Ya me voy.
Sale el rey don Alfonso y acompaña-
Rey. Qué es esto, conde? (*miento.*)
 con quien el disgusto ha sido?
Rub. Señor:- ahora me vengo. *ap.*
Bern. Yo, señor, soy quien le tengo
 indignado y ofendido:
 mi padre tiene razon
 de estar conmigo enojado,
 y á tus pies:- *Rey.* Pues yo he llegado,
 y enojos de padre son,
 no haya mas, por vida mia.
Rub. Si vuestra alteza supiera
 quién es ese, no le hiciera
 tanta merced. *Rey.* Conde, el dia
 que en la corte estais, colijo
 de las horas que os prevengo,
 que para mí mas nó tengo
 que saber, que es vuestro hijo.
Bern. Es culpa calificada,
 indigna de mi obediencia,
 llegar á pedir licencia,
 para ceñirme la espada,
 quando en mi valor segura,

en mi edad y en mi nobleza,
la misma naturaleza
esta falta me murmura?
si esta es gran culpa, señor,
que la castigueis espero.

Rey. Conde, el noble caballero,
el que nació con valor,
el que con sangre excelente
los ojos al mundo abrió,
la espada con él nació,
desde la cuna es valiente:
luego aquel valor empieza,
que sus pasados le dieron,
porque de un parto nacieron
las armas y la nobleza.
La espada es bruñido espejo
del honor, cándido armiño;
nunca el niño noble es niño,
nunca el viejo noble es viejo.
Si esto solo ocasionó,
conde, vuestro enojo, hoy quiero,
armándole caballero,
ceñirle la espada yo.

Bern. Dexa, señor, que Bernardo
la tierra que pisas bese.

Rub. Callar tengo, aunque me pese. *ap.*

Rey. Un caballero gallardo
sin espada no ha de estar.

Monz. Goceis del Fenix la vida.

Saca en una fuente espada y espuelas.

Aquí, señor, prevenida
la tenia. **Rey.** Esto es honrar
á quien lo merece tanto.
Llegad, Bernardo, que espero
que en vuestro brazo el acero
ha de ser del moro espanto.

Ciñele el Rey la espada.

Bern. De vuestra mano, quién duda,
y de vuestro nombre honrada,
que si es temida embaynada,
que sea invencible desnuda?

Rey. Hágaos muy dichoso Dios:
conde, esto ha de ser así,
yo la espada le ceñí,
calzadle la espuela vos.

Rub. Esto mas! viven los cielos:- *ap.*

Bern. No disimula el pasar: *ap.*
que tenga de verme honrar
quien me engendró envidia y zelos!

no lo entiendo. **Monz.** Aunq̄ mas ladre,
ya la espada el rey le dió.

Bern. Parece que debo yo *ap.*

mas sangre al rey que á mi padre.

Rub. Qué pesar! á vuestra alteza
obedezco y sirvo así.

Calzale la espuela.

Rey. Es debida, conde, en mí
tal honra á vuestra nobleza.

Bern. Desde hoy, señor, desde hoy os sacrificio
en el altar de la obediencia mia,
siempre rico de amor, y siempre rico
del favor y mercedes de este dia:
hoy he vuelto á nacer, hoy comunico
al alma nuevo ser, nueva alegría,
pues dando á mi nobleza mas nobleza,
por tí renace y á vivir empieza.
La espada, que hoy me ciñes con tu mano,
será horror, asombro, y maravilla
del alarbe andaluz, del africano,
que en sangre tiñe bárbara cuchilla:
las margenes verás del oceano
reducidas al centro de castilla,
sin que para cumplirlo sean estorbos
selvas de lanzas ni de alfanges corbos.
Ya me verás en las sangrientas lidces
apellidar tu nombre valeroso,
desde el mar gaditano, en quien alcides
de un monte y otro se labró coloso
hasta el pirineó excelso, en quien divides,
del franco Imperio, el español famosos,
que yo solo he de ser, pues solo basto,
quien aclame la voz de Alfonso el casto.
Este rayo de acero, este gallardo
cometa de dos filos, este trueno
ha de ser en el brazo de Bernardo
azote universal del agareno:
ya en desnudar y esgrimirla tardo;
sienta el turbante de plumages lleno
el ruidoso golpe, que amenaza
al que los antes de la adarga embraza.
Ya el belicoso estruendo me provoca
á buscar sus marlotas y almayzares,
y ocioso el freno en la espumosa boca,
á batir del caballo los hijares,
daré al bridon esta animada roca,
desbaratando esquadras á millares,
hasta poner al pie de tu fortuna
cautiva y presa la menguante luna,

Rey. Creo de vuestro valor,

Bernardo lo que ofreceis.

Bern. Como vos, señor, me honreis,
quanto he dicho haré mejor.

Monz. Aunque el conde se desplace
de esta bizarra braveza,
crea, señor, vuestra alteza,
que es hombre que dice y hace.
Y yo no me quedo atras,
porque, aunque humilde he nacido,
me crié con él, y he sido
de sus cimbrones el zas,
de sus prestezas el juego,
de sus golpes el amago,
el ruido de su estrago,
y la chispa de su fuego. *Tocan caxas.*

Rey. Créolo: mas qué rumor
oigo? *Rub.* Novedad extraña!

Dentro. Viva el conde de Saldaña
victorioso y vencedor.

Rub. Sin duda el conde ha llegado
con victoria. *Rey.* Gran jornada!
ya de su valiente espada
me reconozco obligado.

Rub. Con el aplauso que ves,
traen al conde tus vasallos,

*Tocan caxas, y sale el conde de Saldaña
de soldado muy galan y acompañamiento
Conde.* Muertos dexo dos caballos
hasta llegar á tus pies. *De rodillas.*

Rey. Conde, á mis brazos llegad,
que aunque la victoria infero,
saberla de vos espero
con mayor gusto. *Conde.* Escuchad,
que obedeceros, señor,
es iman de mi alvedrio,
supuesto que el valor mio
nace de vuestro valor.
Yace, generoso Alfonso,
entre dos sierras un valle,
un pensil entre dos montes,
entre dos muros un parque,
una perla entre dos conchas:
así me explico mas fácil,
pues con almenas de nieve,
siendo perla inestimable,
le guardan y le conciben
sus brutescos homenages.
En este pues sitio alegre,

que para victorias tales
palestra y cerco dichoso
previno la comun madre,
hallé á Zeylan, que venia
tan soberbio y arrogante,
tan dueño de su fortuna,
que para que conquistase,
le pareció corta empresa
el blason de tu estandarte.
Traía el valiente moro
seis mil flecheros infantiles,
que al disparar todos juntos,
tal vez por lisonjearle,
pabellon al sol hacian
con las saetas volantes
aquel espacio pequeño
que avecindaban los ayres.
Engrosaban su esquadron
de Toledo seis alcaydes,
á cuyo cargo venian
tres mil ginetes alarbes,
cuya variedad de plumas,
repartida en los turbantes,
de africanos abestruces
formaba vistoso enjambre.
Las adargas tuncés,
las marlotas y almayzares,
de búfano doble aquellas,
y estas de seda y estambre,
en las andaluces yegnas,
que con relinchos y escarces
al clarin le respondian
confundidos los metales,
traducian la campana
mucho abril á mayor parque,
en cada nervioso brazo,
ya acometa ya amenace,
blandiendo el valiente fresno
juntaba por ambas partes
los dos opuestos extremos
de acicalados remates.
Toda esta pompa en efecto,
todo este vistoso alarde,
de galas lucha apacible,
de armas bélico certamen,
que ni africa menos forja,
ni menos texe levante,
á las garras y al bramido
de tus leones audaces,

se vió poderoso un lunes,
y desvanecido un martes.
Este pues dichoso dia
(aunque cobardes le infamen
supersticiosos agüeros
de cobardías vulgares)
sobre un alazan tostado,
arábigo en nombre y sangre
castellano en la lealtad,
andalúz en lo arrogante,
con humos aragoneses,
con alientos catalanes,
tan español en efecto,
que del betis los cristales,
para exâminarle hijo,
le reconocieron sacre.
De crin , cerneas y cola,
al moverse y al hollarse,
eran las cerdas gualdrapas,
y al correr alas que esparce.
No vió en su carrera el sol,
sacando fuego en el ganges,
oro peynando en las nubes,
nieve alegrando en los alpes,
grana bordando en las selvas,
y espuma tascando en mares,
alado bruto , que pueda
competirle ni igualarle.
La rienda ajusté , y apenas
á los batidos hijares
llamó la dorada espuela,
quando respondió con sangre,
porque era el suyo tan grande,
que relinchando centellas
las piedras que pisa y parte,
para mejorar de esfera,
se vieron llamas voraces.
Puse en órden mis soldados,
discurro por todas partes,
formando los esquadrones
en bien repartidos haces;
y al son de bastardas trompas,
como destemplados parches,
se trabó la escaramuza
entre los sangrientos bates.
Duro el teson invencible
hasta las tres de la tarde,
sin que de tanta fortuna

el rostro se declarase.
Y viendo que porfiaban
los sucesos tan neutrales,
la dicha tan contingente,
la victoria tan durable,
envidé el resto en la vida
de mis sudores y afanes.
Busqué al general , y halléle
esgrimiendo el corbo alfange,
que á costa de tantas vidas
gozaba purpúreo esmalte.
No así á la tímida presa
el aguila caudal bate
las alas , mostrando á un tiempo
garra y pico de diamante,
como yo parto á embestirle,
y él á recibirme parte.
Chocaron pecho con pecho
los caballos , que leales
titubearon sufriendo
el encuentro formidable.
Tan en sí se hallaba el moro,
que despues de recobrarle
tiró un revés y cortó
del freno los alacranes,
dexandome sin las riendas,
como sin timon la nave.
Mas logrando mejor tiempo
en lo preciso del lance,
falseé con una punta
en su pecho malla y ante,
abriendo para la muerte
fuentes de roxos granates.
Cayó del caballo el moro,
donde con ansias mortales,
en monumento de arena
sirvieron á su cadáver
de tumba la blanca adarga,
de pira el roxo turbante.
Apellidé la victoria:
viva (dixe) viva en jaspe
el nombre de Alfonso el casto,
viva en bronces inmortales.
El sarraceno esquadron,
como es fuerza que desmaye
todo cuerpo sin cabeza,
viéndose sin ella , abate
las medias lunas , que ya
eclipsadas y menguantes

á la luz de tanto sol,
lloraron golpes fatales.
Vergonzosamente huyeron,
y yo siguiendo el alcance,
al triunfo de esta victoria,
concedí el último vale.
Gané cincuenta banderas,
los cautivos y el vagage,
negándome á la codicia,
repartí á mis capitanes.
Enriquecí mis soldados,
porque civiles achaques
no desluciesen mi gloria,
que es el soborno mas facil
de quien arriesga su vida,
con lo que ganó pagarle.
Esta victoria te ofrezco,
por mí este laurel te añades,
en tanto que con tus huestes
en bucéfalos navales,
recobrando nuevos mundos,
el marmol sagrado saques
del cautiverio, que llorá
tanto religioso. Acátes,
que de tu valor lo espero,
porque la victoria cantes,
porque tiemble de tí el mundo,
porque tus pendones reales
se ensalcen con mi valor,
para que el mundo te aclame,
y porque victoria, y vida
á tu grandeza consagre.

Rey. Conde, otra vez y otras muchas
llegad á mis brazos. *Abrazale.*

Cond. Rasgue
del libro de mi ventura
esta hoja, quien la hallare
doblada, porque algun dia
la fortuna no se canse.

Monz. Oyele, por Jesu Cristo,
que está bien dicho el romance;
pero si yo le dixera,
no habia de poder quietarse
la turba de mosqueteros
en hora y media cabales.

Bern. Aparta: qué bien responde! *ap.*
vive Dios, que me ha llevado
toda el alma, por soldado
y por valeroso el conde.

Rub. Apenas lugar me da
la envidia que he recibido
para darle el bien venido:
qué ufano y soberbio esta!

Bern. Qué dignamente le dan *ap.*
aclamacion comunmente!
qué bizarro! qué valiente!
qué gentil hombre y galan!
Parece que él mismo ha sido
su artífice milagroso,
lo robusto con lo ayroso,
lo fuerte con lo lucido.
Tan igual es, tan al justo
miro en él, que no han faltado
lo galan por delicado,
ni por feroz lo robusto.

Rey. Conde, ya con vos no puedo
tener siniestra fortuna,
vos sois lo vasa y columna
de mi corona. *Cond.* En Toledo
tu silla pienso poner.

Rey. Si vos desnudais la espada,
con sangre alarhe manchada,
no dudo que venga á ser.

Cond. Ay Ximena! con qué enojos *ap.*
vivo en quanto verte tardo!

Monz. Apenas mi amo Bernardo *ap.*
quita del conde les ojos.

Cond. El conde don Rubio aquí? *ap.*
cómo la Aldéa ha dexado?
cómo á hablarme no ha llégado?
mala señal (ay de mí!)
¿Si mi Bernardo (á quien tiene
en su poder) si mi hijo
es muerto? mas qué me afijo?
nunca el mal tan sordo viene.

Rey. Porque veais lo que os quiero,
y mi amor conozcais hoy,
el mayor oficio es hoy
de mi mayor camarero:
juradle y servidle, conde.

Cond. Vuestra alteza así procura
dar lustre á su misma hechura,
y á su grandeza responde.

Rub. Ya crece mi envidia fera. *ap.*

Bern. Vive el cielo, que me he holgado
que el oficio le haya dado,
mas que si á mi me le diera.

Monz. Para lo que él ha servido.

no monta esto quatro blancas.

Rey. La tenencia de Simancas está vaca, y no he querido proveerla, porque vos lo hagais: dadla á algun amigo.

Cond. Bien, señor; mostrais conmigo, que sois imágen de Dios; pues con valor singular, de vuestra grandeza usando, no solo dais, pero dando tambien enseñais á dar.

Darle al conde esta Alcaydía. *ap.*

Rub. Si el rey su agravio supiera, *ap.* menos mercedes le hiciera; pero sabrálo algun dia.

Voyme, por no estar mirando envidioso y desabrido, la mano del ofendido al mismo ofensor honrando. *vase.*

Rey. Recurriendo estoy qué daros, conde y para que ganeis amigos, y siempre deis nueva ocasion de alabaros, permito que podais dar de mi camara dos llaves.

Cond. Mercedes, señor, tan graves, quién las mereció gozar? quién son estos caballeros? que quiero en vuestra presencia, puesto que me dais licencia, honrarlos y obedecerlos.

Rey. El que á vuestro lado está es mi ahijado, y heredero del conde Rubio. *Cond.* Hoy espero dar honra á quien me la da.

Rey. Yo le he ceñido la espada, y caballero le armé.

Cond. Y yo, señor, le daré por vos la llave dorada: favor, que se debe al conde, despues de ser muy mi amigo; y este caballero, digo, que al oficio corresponde, que el gentil hombre ha de ser, despues de tener nobleza, galan por naturaleza:-

Bern. Que aquesto he llegado á ver!

Cond. Y lo es, á fe de quien soy.

Bern. Vuecelencia sabe honrar

á sus criados. *Cond.* Jurad de gentil hombre desde hoy, aunque lo contrario siento, que quien desde que nació de gentil hombre juró, no ha menester juramento.

Monz. Este sí es conde, y responde á su ilustre nacimiento: va á decir ciento por ciento del un conde al otro conde.

Rey. Tratad pues de descansar, y vedme luego. *Cond.* Señor, en mí el descanso mayor es serviros. *Bern.* Si excusar el juramento no puedo, y es preciso en mi nobleza, perdóneme vuestra alteza, que con el conde me quedo.

Rey. Quedaos, Bernardo, y contento, porque á mi amor corresponde hacer en manos del conde el solemne juramento. *vase.*

Cond. El rapaz es extremado: *ap.* de esta edad, sí, me parece que será Bernardo: hoy crece con el amor mi cuidado. Desde aquel dichoso dia que al conde se le entregué, no le he visto mas, ni sé mas de que el conde le cria.

Sientase el conde en la silla de dosel para jurar á Bernardo, y este se arrodilla.

Bern. En mano de vuecelencia hago pleyto y juramento de servir leal y atento con todo amor y asistencia.

Cond. Basta. *Bern.* Ya la mano espero, y que con ella me honreis.

Cond. Mucho, señor, me debeis desde que os ví, mucho os quiero: pero hacer esto me toca, que es vuestro padre mi amigo: alzad. *Bern.* No he de alzarne, digo, hasta que estampe la boca, en vuestra valiente mano, *béasela.* honra de esta monarquía.

Cond. Decidme, por vida mia, teneis acaso otro hermano? *levántanse.*

Bern. No señor. *Cond.* Vos sois gallardo:

- solo sois? *Bern.* Y aun , segun pasa, pienso que sobro en mi casa.
- Cond.* Y cómo os llamais ?
- Bern.* Bernardo.
- Cond.* Bernardo? y qué no teneis otro hermano? *Bern.* No señor.
- Cond.* Y algun page ó labrador en la aldea conoceis de vuestro nombre? *Bern.* Tampoco.
- Cond.* Este mi hijo ha de ser, *ap.* y temo (ay Dios!) que el placer me mate ó me vuelva loco.
- Monz.* Este es , señor , Bernardito el arrojado y travieso.
- Cond.* Lo peor que tiene es eso.
- Monz.* El que desde tamañito, por alentado y brioso, con un esquadron de perros andaba por esos cerros tras el javalí y el oso. En aquesto se ocupaba, y quando despues volvía, la caza de todo el dia á las zagalas la daba; sin dexar para su mesa sola una pluma , señor.
- Cond.* Eso es de buen cazador.
- Monz.* Y cómo! de garra y presa, que en la aldea no ha dexado moza de buen parecer.
- Cond.* Qué? *Bern.* Señor:-
- Cond.* Debe de ser herencia lo enamorado.
- Ber.* No quieres callar? *Mon.* Ya callo.
- Cond.* Sus partes son excelentes: *ap.* ó corazon! nunca mientes: no me canso de mirallo. Por qué decís que sobrais siendo solo en vuestra casa?
- Bern.* Señor , lo que en ella pasa, sin provecho averiguais. Mi padre , cuyo desden juzgo aversion natural, debe de quererme mal, pues que no me trata bien.
- Cond.* Mal os trata? otro testigo *ap.* en este mal tratamiento, declara con juramento, que es verdad lo que yo digo.
- No tiene razon el conde.
- Monz.* Señor , él es un Nerón; y porque en su inclinacion á su sangre corresponde, valiente y honrado y cortés, hoy con término inhumano, le dixo que era villano.
- Cond.* Villano? *Monz.* Villano pues, y muchas veces villano.
- Cond.* Viven los cielos, que miente. *ap.* Y qué hicisteis? *Bern.* Obediente le besé entonces la mano, reverenciando el castigo.
- Cond.* Eso es lo que hacer debeis, y mientras que así lo haceis, sereis mi hijo y mi amigo.
- Ber.* Pluguiera á Dios , q̄ aunque quadre mal esta razon primera, si padre elegir pudiera, os eligiera por padre.
- Cond.* Qué decís? aunque me afiijo, *ap.* el corazon me ha pasado. Eso dice un hombre honrado? (vive Dios que sois mi hijo.) *ap.* Un noble así corresponde?
- Bern.* Señor:- *Cond.* Vos teneis nobleza.
- Bern.* Es tan grande su aspereza:-
- Cond.* Estimad , Bernardo , al conde, pues como padre os crió, que esa es la mayor hazaña.
- Bern.* Señor conde de Saldaña vuestra hechura seré yo.
- Cond.* Que no digo eso; sí digo:- mas quiero disimular. *ap.* Al conde habeis de estimar, ó no habeis de ser mi amigo: y con esto á Dios , Bernardo, idos con Dios.
- Bern.* Vuestro soy. *vase con Monzon.*
- Cond.* Si es mi hijo : por quien soy, que es alentado y gallardo.
- Sale el Rey.*
- Rey.* Conde? huélgome de hallaros aquí. *Cond.* Siempre vuestra alteza me hallará tan puntual.
- Rey.* Vuestro valor y prudencia habeis de mostrar ahora: ya sabeis (y es cosa cierta) que no tengo sucesion,

ni esperanzas de tenerla.

Cond. Bien sé, que os llaman, señor, Alfonso el casto, por esta profesion. *Rey.* Estadme atento. Mi hermana doña Ximena es infanta de leon, y siéndolo es mi heredera.

Cond. Y dueño del alma mia. *ap.*

Rey. Pues ella imprudente y necia, el casamiento rehusa, que tanto estimar debiera, del conde de Barcelona: siendo así, que por la mesma razon que yo lo deseo, le aborrece y le desprecia. Vos habeis de persuadirla con razones tan atentas, tan graves, tan eficaces, tan lucidas y tan vuestras, que venga en ello, que á vos solo fiaros pudiera, conde, accion tan singular, y tan difícil empresa.

Ella ha de salir aquí; primero que se prevenga, habladla, conde, y mirad, que las mas heroycas prendas de vuestros servicios grandes, todos se incluyen en esta.

Cond. Señor:- *Rey.* No me repliqueis, ella sale, y la obediencia de hombre como vos, no admite ni réplicas ni respuestas. *vase.*

Sale la infanta doña Ximena.

Infan. Conde, que pesar es ese?

Cond. Bien pregunta vuestra alteza, que como ya por costumbre se van, sin dudar en ella, á mi casa las desdichas, en lugar de norabuena, se me pregunta: eso á mí, y! quien lo pregunta acierta. Ya no me cogen de susto: tan hallado estoy con ellas, que pienso ir á buscarlas quando en venir se detengan.

Infan. Pues ahora que mi hermano (Dios le guarde) á hacer empieza tantas mercedes en vos,

y á daros la norabuena salgo yo, dais al semblante sobrescrito de tristeza, sabiendo que es para mí: quanta en vuestros ojos sea?

Cond. Estamos solos? *Inf.* Sí, conde, hablad. *Cond.* Mi bien, mi Ximena, yo fuí por mi mal dichoso: ó que costosa experiencia he hecho, de que las dichas si son grandes no son ciertas! quando al sugeto se ajustan, se gozan y se celebran; pero quando son mayores, ó se ahogan ó se quiebran como bigas de azabache, á quien la envidia atormenta. El acordado instrumento, dulce y regalado suena con las cuerdas que en él caben; pero no si sobre aquellas otras le ponen, que entonces suena mal y no concuerda. Todo esto, señora, he dicho para explicar si pudiera la pena de ser dichoso, quien no ser dichoso espera. El rey me manda, que os hable: (ya lo dixé) el rey me ordena, (qué dolor!) que os persuada. (qué tormento!) que os advierta:- pero para qué me canso? casaros quiere su alteza con el conde. *Inf.* Ya lo sé, ya lo sé: qué cosa nueva venis á decirme, conde? El de Barcelona intenta casar conmigo (qué engaño!) mi hermano, que lo desea, (qué locura!) os ha mandado que me habeis (gran diligencia!) para asentar esta baza, el conde pone en la mesa un rey (gran carta!) y amor en vuestra mano reserva un triunfo, que aunque es pequeño, á ganarle se atraviesa. Viene á morir á mi mano, alargo yo, con que queda.

tan desbaratado el juego de su parte, y de la vuestra tan seguro, que* podeis, dexándolo por mi cuenta, dár varato á los mirones y al alma que lo desea.

Cond. Ay dueño del alma! y cómo el temor justo rezela, que han de decir, que he ganado con cartas falsas cosechas! Baraja, que son de amor fullerías, aunque inciertas, porque quando mejor pinta, el poder las atropella.

Infant. No podrán, conde, en mi mano.

Cond. Qué importa, si en mi cabeza, podrán?*Infant.* Pues, conde, advertid, que el que en su primera esfera al carro del sol se atreve, y sobre doradas ruedas gira globos de cristal, golfos navega de estrellas, campañas de luz fluctúa, y rumbo de astros penetra: aunque despues de dichoso rayos fulminados sienta, duros precipicios llore, y muertes pálidas vea; la gloria de haber llegado al laurel que le despeña, mayor vida le asegura, mayor fama le reserva. Morir por mí, no es desdicha; padecer por mí, no es pena; morid, conde, pues que yo por vos muero y no me pesa.

Cond. Sola esa muerte es mi muerte.

Infant. Solo ese temor me aqueja.

Cond. Yo sé despreciar mi vida.

Infant. Yo sé morir por la vuestra.

Cond. Pues viva mi amor constante.

Infant. Y mi fe inmortal y eterna: á Dios, conde.

Cond. A Dios, infanta.

Infant. Qué ventura!*Cond.* Qué terneza.

Infant. Qué te vás?*Cond.* Señora, sí.

Infant. Volverás á verme?*Cond.* Es fuer-

Infant. O quién se viera tu esposa. (za)

Cond. O quién tu esposo se viera!

(~~~~~)

JORNADA SEGUNDA.

Salen el conde de Saldaña, el conde don Rubio, Bernardo y Monzon.

Rub. Hoy, señor conde, quiero, en ley de caballero, restituir la prenda, que ha causado en vos mas gusto, en mí mayor cuidado.

Cond. No es tiempo, conde, no, por vida mia: primero habeis de ver mi cortesía, que aunque ayer en palacio no me disteis lugar, quiero de espacio, conde, que conozcais, que no me olvido del título y blason de agradecido.

Su alteza (Dios le guarde) haciendo ayer de su grandeza alarde, me hizo merced: quién hay que no presumiera de mis méritos la suma? (ma pero quantos lo vieron son testigos, que repartí el favor con mis amigos; y para vos, que sin hablarme os fuisteis (bien sabeis q en aqueso me ofendisteis) con noble pecho, y con las manos francas, reservé la tenencia de Simancas. Despues, por hijo vuestro (Dios lo sabe) le di á Bernardo la dorada llave, porque quedasen (esto es lo que pasa) ambos oficios, conde, en vuestra casa; y así de entrambos siento, que me debeis igual conocimiento: sí bien, quando mi amor y amistad toco, aun mucho mas se me parece poco.

Bern. Hay tal valor!

Monz. Qué decís? qué respondes? vive Dios, que es el conde de los condes, el proto-conde, el archi-conde digo, y aun el tataraconde de su amigo: mas llámase don Sancho, nombre q á todo el mundo le viene ancho y aun si otro mundo hubiera, en un don Sancho pienso que cupiera.

Rub. Conde, yo la merced os agradezco; mas quando por mí mismo la merezco, no me está bien (ya, conde, se conoce) que por agenos méritos la goce: nunca por mano agena hay merced ni tenencia que sea buena

dadla á otro amigo, que yo tengo iudicios,
 q̄ el rey me hará merced por mis servicios.
 Y en quãto á la merced de gentil-hombre,
 que os diga, no os asombre,
 puesto que la merezca,
 que Bernardo está aquí, q̄ os la agradezca;
 que yo no me condeno
 á agradecer el beneficio ageno.

Bern. Señor: - (hay mas notable desvarío!
 ageno llama el beneficio mio.) *ap.*

Monz. Amistad bien pagada! tú has nacido
 de un padre por extremo agradecido:
 qué mas decir pudiera,
 si algun pesa: el conde le trajera?

Cond. Jamas, conde, pensara
 de vos, que volvierais á la cara
 con tanta ingratitud, con tanto enfado
 las mercedes que os traigo y he aplicado;
 mas si poco os parece
 (claro está, vuestra casa mas merece)
 para vos reservé, para vos guardo,
 como la de Bernardo,
 plaza de gentil-hombre (digno oficio
 de un scñor como vos) con exercicio
 en palacio, sirviendo juntamente
 lo de Simancas por algun teniente.
 Vuestra condicion templad estraña,
 que es buen amigo un conde de Saldaña,
 y sérviros espero.

Rub. Ni eso ni esctro ni ninguno quiero,
 ni me admireis esquivo,
 que la merced que es de él no la recibo;
 ya quando llega á mí, tan otra viene,
 que mas de enfado que de gusto tiene.

Bern. Es posible, señor, que quando el conde
 tan noble y tan leal te corresponde,
 con ingratas porfias
 desprecias sus mercedes y las mias?
 Esa es correspondencia
 digna de la amistad de su excelencia?
 De ingrato te condenas:
 vive Dios, que la sangre que en mis venas
 conservo tuya, ahora me sacara
 y por no la tener la derramara,
 si de ella presumiera,
 que hacerme ingrato alguna vez pudiera.
 Pero no lo seré, porque te advierto
 con rostro descubierto,
 que si á ser su enemigo te apercibes,

y la merced por eso no recibes,
 de la razon llevado,
 me has de hallar de su parte y á su lado
 hasta perder la vida,
 que por él la daré por bien perdida:
 quadrete ó no te quadre,
 que es la razon prinero que mi padre.
Cond. Bernardo, qué es aquesto?
 vos así descompuesto?

Monz. No has andado,
 vive Dios, en tu vida mas honrado.

Rub. Yo no me espanto de que así me tratés,
 que en esos que parecen disparates,
 de derramar tu sangre sin rodeo,
 la diferencia de tu sangre veo;
 y así, en nada me aflijo,
 que ni tu padre soy, ni tú eres mi hijo. *vas.*

Con. Cõde amigo, esperad: yo estoy perdido.

Bern. Déxele vuecelencia, pues se ha ido,
 que él me dirá despucs, á fe de honrado,
 sino es mi padre, quién el ser me ha dado;
 y de que no lo sea no me pesa,
 que ingratitud tan bárbara como esa,
 ni puede darme calidad ni fama.

Cond. O quãto el noble natural le llama! *ap.*
 pero aqueste traydor, que sabe todo
 mi secreto, pretende de este modo
 descomponerme y acalar mi vida.
 Ay, bellisima infanta, que perdida
 te lloran ya mis ojos; *Llora.*
 mas que mi pena, siento tus enojos.

Bern. Vuecelencia llorando! qué es aquesto?
 vos, scñor, tan humano y tan modesto?

Cond. Bernardo, de un filósofo se cuenta,
 q̄ mirando un ingrato, en quien se afrenta
 naturaleza toda, tiernamente lloraba,
 por ver si su dureza se ablandaba.

Bern. Vive el cielo, señor, que de ese llanto
 me he enfurecido tanto,
 que al que así le provoca,
 con las manos sangrientas, con la beca
 despedazar quisiera.

Cond. Su misa a sangre su valor altera. *ap.*
 Este llanto, estas lágrimas piadotas,
 son en mí enor fuerzasas,
 viendo que el cielo ha dado
 un hijo noble á un padre desgraciado;
 á un suceso dichoso
 la malicia cruel de un ambicioso;

á un debido recato
la verdad mal segura de un ingrato;
y al fin, á un delinquente
un mal vecino, que le juzga ausente:
deciros mas no puedo,

q̄ hay un cho q̄ decir, y es mucho el miedo
Vase el conde, y detiéndole Bernardo.

Bern. Vuecelencia, señor, me diga ahora
lo que sabe de mí, que quando llora
tanto hombre, tanto ser, tanta nobleza,
de amor es, vive Dios, no de flaqueza.

Cond. Qué sabéis vos lo que en mí
puede haber? *Bern.* Delo creer,
que flaqueza no ha de haber
en quien tanto valor ví.

Cond. Hombre soy y flaco he sido,
pero fué flaqueza leñada.

Bern. Eso no es decirme nada,
señor, de lo que yo os pido.

Cond. Pedré callar? será tanta *ap.*
mi entereza con él? Sí,
que aquesto importa (ay de mí!)
al pundonor de la Infanta.
Quedros, Bernardo, con Dios.

Bern. Confuso, al fin, me dexais?

Cond. Padre teneis, qué es quejais?
no es el rey mejor que vos. *vase.*

Bern. Confuso y de horror lleno
me dexa el conde: ¡qué mortal veneno!
mi padre respiraba,
que igualmente causaba
con desigual espanto,
iras en mis ojos, y en los suyos llanto!

Monz. Yo, señor, lo que de uno y otro infiero
es, que el conde es honrado caballero;
de tu padre no sé lo que me diga,
porque no siempre obliga
la chanza; mas conforme á lo que arguyo,
me quemén si den Rubio padre tuyo.

Bern. Pues padre ha de tener este Bernardo.

Monz. Eso es fuerza.

Bern. Y mi espíritu gallardó,
mis pensamientos y heroyco brio
me avisan de que es noble el padre mio.

Monz. Yo no sé lo que en esto mas te quadre:
mas por salir de un padre
que don Rubio se llama,
me diera yo á partido, y con el ama
general concertara,

que hijo de la piedra me llamara.
Bern. Ven, Monzon, q̄ del conde los enojos
me han obligado á enternecer los ojos.

Vase, y sách la Infanta y Sol dama.

Sol. Es por extremo bizarro.

Infant. Refiérenme tantas cosas
de él, que la imagina el alma,
no como prenda tan propia,
sino como ya perdida
y que de nuevo la cobra.

Sol. Fues ya en tu presencia está.

Infant. Ayúdame, Sol, ahora,
que de impreviso un contento
mal se encubre y se reboza.

Salen Bernardo y Monzon.

Sol. Lo que le de decir me advierte.

Infant. Oblígale á que respnda:
hablale, Sol, por tu vida.

Bern. Monzon, en tanta congoja,
qué puedo hacer? *Monz.* Divertirla
con la infanta ni señora
y con doña Sol. *Bern.* A un triste
aun el mismo sol le asebra.

Sol. Ha caballero? seis vos:

Bernardo? *Bern.* Yo soy, señora,
Bernardo y criado vuestro.

Sol. Estamos muy cuidadosas
las damas de concecos.

Bern. Pose esta vez por licencia:
yo puedo costar cuidados?

Sol. Y muchos. *Monz.* Qué escarcela! *ap.*

Sol. Dicen que seis muy brieso.

Bern. La soledad ocasiona,
aun en muy cortos alientos,
resoluciones heroycas:
porque la cruz y el monte
son una abreviada copia
de la guerra, y siempre en ella
legré felices victorias:

mas qué mucho, mas qué mucho
si las alcanzan á todas,
en fe de que á ser mayores

ley á cruz plantar las penga?

Infant. Y ese estilo no es de amante?

Bern. Vuestra alteza no me corra,
que aunque aldeano, bien sé
la obligacion que me toca
de reverenciar su nombre.

Infant. Ay! Sol, qué mal se reboza. *ap.*

una pasión tan del alma!

Bern. Pondré en sus plantas mi boca.

Infant. Galan sois. *Bern.* Ya lo seré,
si vuestra alteza me abona,
que es nueva naturaleza
en los príncipes las honras.

Infant. Y ese estilo no es de amante?

Bern. Con distincion sí, señora.

El soberano respeto
debido á vuestra persona,
á una parte, y el afecto
amoroso en Sol á otra:
aquél es amor sagrado,
que á reverenciar provoca;
y este es amor mas humano,
que abrasa, pero no asombra,
que obliga, pero no espanta.

Infant. Basta, Sol., que te enamora:
cortesano es el rapaz: *ap.*

de verle el alma se goza.

Monz. Si vuestra alteza pretende
que la refiera sus cosas,
yo solo puedo, que soy
coronista de su historia.

No ha visto en sus pocos años
mas fuerte brazo la europa:
rompe en el ayre una lanza,
quando, blandiéndola, dobla
los dos opuestos extremos,
que acerados hiérros gozan.

A la mas robusta encina,
que esa montaña corona,
abrazado al firme tronco,
la desbarata y deshoja.

Si le viera vuestra alteza
luchar con firmeza, borra
la noticia del tebano,
poética y fabulosa.

Danza y bayla ayrosamente,
giradas y cabriolas
como peonas las texe,
como un repollo las forma.

Es cortés y agradecido,
sus liberales y amplias
manos exceden, por Cristo,
al paso de macedonia.

Habla bien en las ausencias,
por la razon se apasione;

y al fin: *Bern.* Basta, basta, necio,

que alabanzas tan ociosas
me ofenden. *Infant.* Qué sabeis vos,
si hay quien con gusto las oiga?

Bern. No seré yo tan dichoso.

Infant. Ya, por lo menos, te toca
hacerle, Sol., un favor.

Sol. Si vuestra alteza me otorga
la licencia, sí lo haré.

Bern. Llorará perlas la aurora
zelosa de ver que el sol
en mas flamante carroza,
por favorecerme indigno,
olvida la verde pompa
de las flores que la esperan
ya coronadas de aljofar.

Infant. El es galan y entendido. *ap.*

Sol. Esta vanda reconozca

Dale una vanda.

en vuestro pecho á su dueño.

Bern. Será la abrazada Zona,
donde mis sentidos ardan
al sol de vuestras memorias.

Infant. En él considero al conde, *ap.*

tan viva su imagen copia,
qui ni lo amoroso miente,
ni lo bizarro perdona.

Bern. Gran dicha, Monzon gran dicha!

Monz. El embajador, señora:—

Bern. Ha, pesc al embajador, *ap.*
y á quien su embajada apoya.

Monz. Con el rey hablando viene,
y con tu padre. *Bern.* Estas bodas
me cansau, y por no vérlas
me voy: perdonad, señora.

Sol. Yo tambien, si vuestra alteza
gusta de quedarse sola.

Bern. Aquí un escudero aguarda.

Sol. Aquí una esclava se postra.

*Vanse Sol, Bernardo y Monzon, y
sale el Rey leyendo un papel, don*

Gastón y don Kubio.

Rub. Ya no es posible callar
en llegando á esta ocasion.

Rey. Conde, tan grande traicion
el cielo ha de castigar,

y en mí lo fuera engañar
al conde de Barcelona,
cuyo amor, cuya persona,
no merece, aunque lo intenta;

que yo le envie una ofrenda,
 quando espera una corona.
Gast. Supuesto que vuestra alteza
 resoluciones ignora,
 y la infanta mi señora
 oye con tanta aspereza
 mi embaxada, á su grandeza
 suplico, y á vos, señor,
 deis licencia:— *Rey.* Qué dolor! *ap.*
Gast. Para poderme partir.
Rey. D. Gastón:— *Gast.* Esto es cumplir
 las leyes de embaxador.
Rey. Bien sabe el cielo, que siento
 del conde el pesar, y fio,
 que ha de ser mayor el mio,
 que su justo sentimiento:
 por ahora el casamiento
 no es posible que asentéis
 esto al conde le direis.
Inf. El gozo apenas resisto.
Gast. Siempre en vuestro pecho ha visto,
 señor, que merced le haceis.
Rey. Querrá el cielo que algun dia:—
Gast. Ya, señor, es excusado,
 que mi dueño me ha mandado
 dexé tan justa porfia:
 orden expresa me envia
 para partir, hoy lo haré,
 pues ya para hacerlo sé,
 que me ofrece en su tristeza
 licencia y mano su alteza,
 y vos el invicto pie. *vase.*
Rey. Aquí importa, conde amigo,
 la prudencia y el engaño: *ap.*
 gran remedio á grande daño,
 á gran traicion gran castigo.
 Infanta, hermana, hoy consigo
 la quietud que pretendí;
 alegraos, no esteis así:
 basta, dexad la tristeza.
Inf. Guarde Dios á vuestra alteza,
 señor, mas años que á mí.
Rey. Pudierais haberme hablado,
 pues que vuestro hermano soy,
 y la embaxada de hoy
 ya se hubiera dilatado:
 conoces este firmado
 y encarecido papel? *dale el papel.*
Inf. Ay Dios! muerta soy! en él,

señor, mi delito veo,
 mi muerte y tu enojo leo,
 há traydor conde! há cruel! *ap.*
Rey. Qué te alteras? dexa el miedo.
Inf. Temo, señor, tu rigor.
Rey. Suspende ahora el temor.
Inf. Cómo en tu presencia puedo?
Rey. Como tu hermano precedo.
Inf. Como culpada te miro.
Rey. De nada, infanta, me admiro.
Inf. Estoy muerta, estoy sin mí.
Rey. Desabogate, halla, di.
Inf. Oye, despues de un suspiro.
 Valeroso Alfonso el casto,
 cuyo nombre has merecido
 por la integridad que gozas,
 por la pureza que envidio:
 hermano, rey y señor,
 si con el nombre te obligo
 de hermano, con el de rey
 te solicito el castigo,
 con el de señor te ofendo,
 con el de casto te irrito,
 que quien no sabe de amor,
 aborrece sus delirios.
 Pero no me atiendas casto,
 hermano, atencion te pido,
 porque con menos vergenza
 llegue el perdón al delito.
 Yo miré (terrible trance!)
 yo escuché (cruel martirio!)
 yo quise (qué desacierto!)
 yo amé (qué gran desvario!)
 á un hombre: bien digo hombre,
 si es cierto que entre infinitos
 él solo puede ser hombre.
 Quise al conde (ya lo he dicho)
 quise al conde de Saldaña:
 su persona ya la has visto,
 su nobleza ya la sabes,
 su valor ya es conocido,
 su discrecion ya es victoria;
 pues qué inexpugnable risco
 no se urde, no se atate,
 si le enbisten atrevidos
 persona, valer, nobleza,
 discrecion, gala y cariño,
 y mas, quando es el amor
 de estos scldades caudillo?

Yo me rendí, no soy piedra;
yo me humillé, no soy risco;
quisele bien, soy muger:
ó cuánto en esto te he dicho!
Bernardo, señor, Bernardo
es tu sobrino (bien digo)
el conde quien te soborna
con tan heroycos servicios:
yo tu hermana y él mi esposo.
Cuñado, hermana y sobrino
á tus pies piden la muerte,
y yo por todos la pido
que como la mas culpada,
busco mayores castigos. *arrodillase.*

Rey. Ximena, á mis brazos llega,
que aunque sea justo el temor,
soy tu hermano, y sé que amor
deslumbra, confunde y ciega:
que aunque de amor no he sabido,
sus misterios no he ignorado,
que ya, Ximena, han llegado
al alma por el oído;
y sé que de sus misterios
lloraron fatales dias
abrasadas monarquías,
y aun arruinados imperios.
A perdonaros me obligo,
y al conde he de perdonar,
pues ya no puedo excusar
el daño con el castigo:
que aunque tan mal corresponde
su lealtad á su nobleza,
he menester su cabeza:
vivid vos y viva el conde.
Retiraos, y hasta que sea
vuestro esposo, como aguardo,
no os dexéis ver de Bernardo,
ni el conde, Ximena, os vea,
que me enojaré con vos,
si sé que le habeis hablado
hasta haberos desposado.

Inf. Mil años os guarde Dios. *vase.*

Rey. De buen tercero fiaba *ap.*
reducir la voluntad
de la infanta; con lealtad
la hablaría. quando hablaba
del conde de Barcelona:
quién duda que allí sería
entre la suya y la mia

preferida su persona?

Rub. Ahora, infanta, me vengo *ap.*
de aquel tu desden prolijo,
en tí, en el conde y tu hijo.

Rey. Ira y cólera prevengo.

Rub. Qué piensas hacer? *Rey.* Si vos,
conde, ayudais mi esperanza,
Leon verá en mi venganza
el castigo de los dos.

Rub. Y no dices del bastardo?

Rey. No, conde, que el no nació
culpado, ni tengo yo
queja alguna de Bernardo:
ayúdele su fortuna;

al punto hareis despachar
un correo, que á llevar
parta al castillo de Luna
este aviso y este pliego.

Rub. Luego á obedecerte voy.

Rey. Tan ciego en cólera estoy,
que aun es tarde siendo luego.

Rub. El conde viene. *Rey.* Esperad,
disimulad advertido.

Sale el conde de Saldaña.

Cond. O qué mal agüero ha sido *ap.*
de este encuentro la mitad!

Rey. Conde, dos dias cabales
sin verme? tanto rigor
no lo merece mi amor.

Cond. Beso vuestros pies reales
por favor tan señalado,
que para mí el daño ha sido,
pues ese tiempo he perdido
de vivir, que os he faltado.
El conde es noble en efecto: *ap.*
yo pensé mal, y ofendí
su lealtad, pues presumí
que revelara el secreto.

Rey. Ya en efecto se partió
el catalán despachado.

Cond. Nadie á sentir ha llegado
su disgusto, como yo.

Rey. De vuestra lealtad lo creo.

Cond. Ser gusto de vuestra alteza,
pudo hacer en mi nobleza
mas afecto del deseo.

Rey. Conozco vuestra intencion,
y estoy de vos satisfecho;
y pues sabeis de mi peche

la noble resolucion
y el deseo que he tenido,
al catalan corresponden,
aunque ya enviaba al conde,
en viendoos me he arrepentido;
porque sé quanto valeis
y que activo y cortesano,
me disculpais hermano,
y rey me disculpais.
Partid, conde, por mi vida,
y sea con presteza tanta
vuestra vuelta, que la infanta
no entienda vuestra partida,
porque á ella habeis de echar
toda la culpa. *Cond.* Señor
(aquesto es lo que á mi amor *ap.*
mas bien le pudiera estar)
iré, señor, y vereis
mi mayor lealtad sirviendo.

Rey. Por vida vuestra, que entiendo
eso mismo que entendeis:
dadle, conde, porque parta,
ese pliego. *dásele al conde.*

Cond. Gran fortuna!

Rey. En el castillo de Luna
dad á su Alcayde esa carta,
y pasad vuestro camino.

Cond. Seré, en language español,
un rayo de vuestro sol,
que á Barcelona fue y vino. *vase.*

Rub. Quien lo entendido y prudente
busca, en tu valor lo vea.

Rey. El mismo quiero que sea
el ministro y delinquente.

Salen Bernardo y Monzon.

Bern. Yo vengo determinado.

Monz. Qué decís? *Bern.* Esto conviene:
quien padre, Monzon, no tiene,
oficio no tenga honrado.

Rey. Pues Bernardo? *Bern.* A V. alteza
llego, señor, ofendido
de haber al mundo nacido
sin valor y sin nobleza.
El conde Rubio, á quien yo
padre he llamado hasta aquí,
enojado contra mí,
que no lo es me confesó.
Y aunque á enojo y sequedad
puedo haberlo atribuido,

en lo mal que me ha querido
reconozco que es verdad.

De villano me ha tratado,
y ya veis que no conviene,
que aquel que padre no tiene
viva en palacio afrentado.

Que es molesto é importuno,
señor, á quantos le ven,
quien padre no tiene, quien
nació hijo de ninguno.

Vos me ceñiste la espada,
esa yo la guardaré,
porque en quanto á mí, yo sé,
que está muy bien empleada.

Mas hasta que al mundo asombre
con ella, me habeis de dar
licencia para dexar
la plaza de gentil-hombre.

O manda con soberano
imperio, pues á vos vengo,
que diga el padre que tengo,
ó sea noble ó sea villano.

El conde está aquí, él lo sabe,
él lo publica y lo dice,
si nació tan infelice,
no quiero oficio tan grave.

Que no es bien dar ocasion
á que un hidalgo entonado
me diga, que con mi lado
se afrentan los que lo son.

Porque quando en esto me halle,
aunque esteis presente vos:

lo arrojaré, vive Dios,
por un balcon á la calle.

Monz. Esto con muy linda gala,
saldrá á la calle violento,
como pelota de viento
despedida de la pala.

Rey. Qué valiente! qué discreto! *ap.*
lástima tengo y amor,
éste efecto del amor,
y aquel de la sangre efecto.
Conde, hicisteis mal, por Dios,
en tratar con aspereza
á quien para su nobleza
no os ha menester á vos.

Rub. Licencia tiene, señor,
quien como yo le ha criado,
para mostrarle enojado

severidad y rigor.

Que su condicion es tal,
que si blandura sintiera,
en desbocada carrera
se precipitara al mal.

Rey. No sois villano , Bernardo,
que aunque al conde no debeis
el ser , nobleza teneis
de espíritu tan gallardo.

Quando os armé caballero,
y el de Saldaña os juró,
ni él os conoció , ni yo
supe á quien ceñí el acero.

Ya lo sé , una sangre alienta
la nobleza de los dos,
quien os afrentare á vos,
á mí , Bernardo , me afrenta.

Mi sobrino sois y así,
por excusar de ese exceso,
en público lo confieso:
sed gentil-hombre por mí.

Ninguno es en toda españa
mas noble , estimado mejor
el oficio y el valor,

que os dió el conde de Saldaña,
para que la envidia necia
vea y llore de camino,
que un Rey os llama sobrino,
quando hijo un conde os desprecia.

Bern. Ya , señor , que de honras tales
me habilitais cuerdo y sabio,
puesto el generoso labio
sobre vuestros pies reales,
os pido , suplico y ruego,
permitais que sepa yo
el padre que el ser me dió.

Rey. Esto no ha de ser tan luego.

Bern. Mayores ansias me dan,
señor , mientras mas aguardo.

Rey. Mi sobrino sois , Bernardo,
y ahora no sepais mas.

Vamos , conde , por traydor
declaro al que descubriere
á Bernardo , sea quien fuere,
quien es su padre. *Rub.* Señor,
secreto sabré guardalle.

Rey. Esto á mi servicio importa.

Bern. Qué sea mi dicha tan corta!

Monz. No es sino larga de talle.

Albricias debieras dar,
si ya no es que codicias
ahorrarte las albricias,
pues yo las he de cobrar.

Bern. Que hijo al fin yo no nací
del conde don Rubio ? *Rey.* No.

Bern. Quién lo verifica ? *Rey.* Yo.

Bern. Soy vuestro sobrino ? *Rey.* Sí.

Bern. Pues lo demas que callais
algun dia lo sabré,
que ilustre mi padre fué,
pues sobrino me llamais:
solo falta , que la mano
me deis. *Rey.* Los brazos os doy.

Monz. Item mas. *Rey.* Qué ?

Monz. Que desde hoy
no le trate de villano
el conde Rubio , pues ya
será fuerza que confiese,
que es delito y crimen ese
de sobrino:- *Rey.* Bien está.

Monz. Item , pues desde este dia
es sobrino despadrado,
haya quien tenga cuidado
de su bécólica y mia.

Item:- *Rey.* Hay mas desatinos,
Monz. Que en el cartapacio
de las damas de palacio
nos traten como sobrinos, (mensa,
Item:- *Rey.* Otra? *Monz.* Esta es in-
que todo aqueste arancel
guarden conmigo y con él
botellería y dispensa. *vanse.*

Sale el conde de Saldaña de caminò.

Cond. Con tanta priesa he venido,
y con tanta he de pasar,
que el camino ha de dudar
si he volado ó si he corrido.
Pediréle alas al viento;
mas serán torpes y malas,
que no he menester sus alas
si voy en mi pensamiento.
Y mas quando en esta calma
el sol que ilumina el dia,
leves suspiros me envia
por mensageros del alma.
Mas pues no puedo excusar
el poner en propia mano
esta carta , al castellano

de Luna quiero llamar.
 Qué notable fortaleza!
 qué bien murado castillo!
 que desplomado rastrillo!
 qué almenage! qué grandeza!
 qué dificultosa entrada!
 apenas la errada puerta
 se permite al sol abierta;
 parece estancia y morada
 del miedo: ha horror me provoca.
 Mas con regalado acento *tocan dentro*
 tocar oigo un instrumento:
 no toca mal quien le toca.

Cant. Contento, hácia dónde estás?
 que el mundo todo te adora,
 por hallarte, quien te ignora,
 quien te halla, porque te vas.

Cond. A quien (ay cielo!) no espanta
 ver, que al contento oportuno
 jamás le tiene ninguno?
 qué bien dice! qué bien canta!
 siempre el contento faltó,
 siempre en su sombra se ofusca:
 quien no le tiene, le busca;
 quien le tuvo, le perdió.

Cant. Forman de tí sentimiento
 humildes y poderosos:
 si á todos tienes quejosos,
 por qué te llaman contento?
 contra tí es claro argumento,
 quando caminando vas,
 lo incierto que siempre estás
 llorando, quando te adora
 por hallarte, quien te ignora,
 quien te halla, porque te vas.

Cond. Vive Dios, que ha suspendido
 mi alma esta voz: ó cuánto
 á la dulzura del canto
 se persuade el oído!
 qué inconstante es la fortuna!
 qué de por vida el pesar!
 más quiero llamar y entrar:
 ha del castillo de Luna.

Por lo alto del castillo el Alcayde.

Alcay. Quién llama?

Cond. Quien irse luego
 pretende; abrid, castellano,
 porque ponga en vuestra mano
 del rey de Leon un pliego.

Alcay. Que vuestro nombre me deis
 espero. *Cond.* Milicia extraña!
 el conde soy de Saldaña.

Alcay. Suplícocoos que perdoneis.
Cond. Nunca el órden se condena:
 abrid, Alcayde el castillo.

Entrase el Alcayde.

Alcay. Ya han levantado el rastrillo,
 entrad, conde, en hora buena.

Cond. Voy á entrar, y el corazon
 me dice: Jesus, qué engaño!
 qué discurso tan extraño!

qué fantástica ilusion!
 entraré ó daré la carta
 sin entrar? terrible puerta?
 ó quanto el temor dispierta
 quien de su lealtad se aparta!
 ay infanta de mi vida!

si á verte no volveré?
 parece que en cada pie
 tengo una montaña asida.
 Si el rey :- mas esto es locura,
 mortal parece que estoy,
 y que por mí pie me voy
 entrando en la sepultura.

A resolverme no acierto,
 temeroso y discursivo,
 quando discorro, estoy vivo,
 quando inmovil, estoy muerto.
 Ya es fuerza, que me resuelva
 á la obediencia importuna:
 entro al castillo de Luna,
 plegue á Dios, que á salir vuelva,

Entra, y salen el Alcayde y soldados.

Alcay. Con órden del rey, sin duda,
 viene el conde. *Sold.* Qué será?

Alcay. Ella misma lo dirá;
 que obra ciega y habla muda:
 salir quiero á recibillo. *sale el conde.*

Cond. Bien lo podeis excusar,
 Alcayde. *Alcay.* Hoy tiene de honrar
 Vueselencia este castillo.

Cond. Es imposible, que paso
 muy de priesa á Barcelona
 á cosas de la corona;
 y como esta fuerza es paso,
 me mandó el rey que este pliego
 os diese: abrirle podeis, *dasele.*
 porque vos lo executeis,



y porque yo parta luego:
que he de volver á Leon
tan aceleradamente,
que dude si he estado ausente
la mas curiosa atencion.

Alcay. Conde. *Cond.* De qué os admirais?
Alcay. De que el rey lo que decís
no escribe, y de que venís
mas despacio que pensais.

Cond. Cómo? qué pudo escribir?
Alcay. El rey:— excuso el decillo:
soldados; echad el rastrillo,
que el conde no ha de salir:
leed, conde, estos renglones. *dásele.*

Cond. Primero, Alcayde (ay de mí!)
con el alma los leí.

Alcay. Prevenid luego prisiones.
Cond. O qué bien agradecido *ap.*
os he de estar, corazon!
vuestras profecías son
tan ciertas, como esta ha sido.

Va uno por la cadena.
Mas porque de verdadero
os canonicen y crean,
lean los ojos, y crean
lo que vos visteis primero.

Lee. *Alcayde del castillo de Luna, luego que haya llegado el conde de Saldaña con este ú otro despacho, le sacareis los ojos; y le pondreis en la mas obscura prision del castillo. Yo el rey. Llegasteis desdichas mias, mas no hicisteis mucho, no, si os ayudó el rey, y yo traigo las cartas de Urías. Prendióme el rey, bien pudiera templar conmigo el rigor; mas quien no sabe de amor, achaques tiene de fiera. De nada tanto me asijo, aunque mas penas aguardo, como de que á mi Bernardo le encubrí que era mi hijo. Há rey! cautelas y engaños á tu prision me han traído, sepultando en el olvido servicios de tantos años: vive Dios, que me provoco.*

Alcay. Ya, conde, no es tiempo de eso,

considerad que estais preso.
Cond. Perdonadme, que estoy loco.
Alcay. A un soldado de los dos
entregad la espada luego.

Cond. A vos, Alcayde, os la entrego,
y harto hago en dárosla á vos;
y tratadme con decoro,
que aunque preso, soy quien soy,
y en aquesta espada os doy
muchas victorias del moro,
que al rey mi señor le he dado
escrita con sangre roxa
en el libro de mi hoja
de ese acero desgraciado.

Alcay. Prevenid una cadena. *pónesela.*
Cond. Yo os agradezco el rigor,
que un prisionero de amor
á estos hierros se condena.

Alcay. Prisiones de enamorados
siempre son graves prisiones.
Cond. Son de oro los eslabones,
y por eso son pesados;
y que me saqueis los ojos
tambien he de agradecer,
por tener mas que ofrecer
al dueño de mis enojos.
Ay divina infanta mia!
los ojos mi amor te ofrece,
para que mi noche empiece
donde se acabó tu dia.

Alcay. Apelad al sufrimiento,
conde, que á eso se dispone
aquel que atrevido pone
sobre el sol su pensamiento.

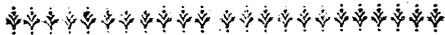
Cond. Vamos, ojos: al crisol
de amor os he de entregar:
quien al sol pudo mirar,
no vuelva á mirar al sol.
En obscuridad y espanto
quedais; y pues para ver,
ojos, no os he menester,
ciegos bastais para el llanto.

Alcay. Qué lastima! qué dolor!
Cond. Muera así quien no recela
de un sabio rey la cautela,
y la envidia de un traydor.
Pero en efecto, aunque mas
la envidia sea contra mí,
la gloria que merecí,

no podrá borrar jamas.

Ni el rey ni el mundo podrán reducir á eterno olvido lo que ya una vez ha sido; quede ciego, quede en calma quien goza tales despaños, porque le salga á los ojos la calentura del alma.

Pues, ojos, dexaos cegar, que ya la fama responde: aquí tuvo fin el conde: qué desdicha! qué pesar!



JORNADA TERCERA.

Salen el rey, don Rubio y acompañamiento.

Rey. Agradecido os estoy, conde don Rubio, al aplauso y grave recibimiento, que ayer, generoso y franco, hicisteis á mi sobrino Bermudo, á quien he llamado para hacerle mi heredero. Así me vengo, así trato *ap.* de hacer mas grave el castigo, mas penoso y mas pesado en mi injusta hermana. *Rub.* Ha sido digna eleccion de un rey casto.

Rey. Verdad es, que con la pena y el enojo, atropellando la cólera á la razon, del primer furor llevado, tambien ofrecí lo mismo, conde, al frances Carlo magnoz la respuesta ha diferido, no sé si querrá aceptarlo.

Rub. Viendo, señor, que ya tienes heredero será agravio de la nacion española.

Rey. Hermana, pues causa has dado á esta accion, bien es la veas, para hacer mayor tu llanto, con la eleccion de Bermudo, que han de jurar mis vasallos.

Rub. Ya conoces mi lealtad.

Rey. En qué se ocupa Bernardo?

Rub. Rompiendo lanzas está en el parque de palacio,

Rey. Bien está; ocúpense en esos pensamientos bizarros.

Rub. Ya la infanta, con sus damas, y Bermudo acompañado de la nobleza, han venido.

Rey. Volved la silla, que en acto como este, quiero que sirva á mi grandeza y su espanto, con la cortina de asturias todo el dosel castellano.

Siéntase el rey, y case don Rubio, tocan cajas, y sale la infanta por una puerta, y por la otra Bermudo muy galan y acompañamiento, y hacen reverencia al rey.

Rey. Tomad asiento, Bermudo: doña Ximena, sentaos.

Berm. Primero, señor, primero, pues de Asturias he llegado á veros, darcis licencia para que os bese la mano.

Inf. La misma licencia os pido.

Berm. Ya la espero. *Inf.* Ya la aguardo.

Rey. Tiempo habrá para eso; haced ahora lo que yo mando. *siéntase.* Bien sé, Bermudo, bien sé, que extrañareis el llamares tan aprisa, no sabiendo la causa para que os llamo.

Berm. Tu carta, señor, me dieron en Cobadonga, fue tanto mi alloroto, que partí con solo veinte hijosdalgo que me estaban asistiendo, y sobre el mismo caballo en que andaba á caza.

Dentro Bernardo. Abrid, que para mi no hay cerrado cancel, ni cerrada puerta.

Sale Bernardo con una lanza, y Monzon armado lo mejor que pueda.

Bern. En la forma que me hallaron las nuevas de este suceso, vengo, señor, á palacio cansado de romper lanzas, mas no de servir cansado. Hecho un hazizo de puntas queda el Faquí, tres caballos he rendido y treinta lanzas.

en desmentidos pedazos,
subieron á ser centellas
entre los ardientes rayos
del sol, volviendo despues
pálida ceniza al campo.

Altéranse, y se levanta Bermudo.

Rey. Volveos á sentar, Bermudo,
no os altereis, que Bernardo
armado os da el parabien,
y el bien venido os da armado:
vive Dios, que le ha temido. *ap.*

Berm. Si acaso es este el bastardo? *ap.*
por cierto que es lindo mozo,
y por extremo bizarro.

Bern. No me habla el tal Bermudo? *ap.*
pues yo tampoco le hablo.

Guarda esta lanza, Monzon. *dásela.*

Monz. Vive Cristo, que han temblado,
y que pensaron sin duda,
que entrabas á lancearlos.

Bern. Vuestra alteza me permita,
que á un hombre, que importa tanto
en tu presencia, eche menos:
cómo, si aquí se han juntado
para accion tan grande, falta
el mayor de tus vasallos,
el mas noble, el mas leal,
el mas valiente y bizarro
el gran conde de Saldaña?

Rey. Está ausente y ocupado
en cosas de mi servicio. *sale un criado.*

Criad. El embaxador del Carpio
pide para entrar licencia.

Rey. Entre Abenyusef.

Sale Abenyusef, moro, embaxador.

Monz. El perrazo,
qué galan viene de plumas!
qué soberbio! y qué finchado!

Aben. Alfonso valeroso, el cielo guarde
tu real persona, y á mayor trofeo,
antes que llegue el sol donde mas arde,
se corone tu frente de himeneo.

Rey. Vamos al caso embaxador, ¿es tarde,
lo que dice tu rey saber deseo. (to,

Abe. Si no me engaña Alfonso, el pensamiẽ-
albricias me has de dar; estame atento.
Almanzor, que en Toledo sobre el tejo
tiene su Alcazar, y su silla tiene,
á quien tanto cristal sirve de espejo,

que á porfia del sol es luz perenne,
salud por mi te envia; y el consejo,
que por suyo y primero te conviene
tomar (no pienso mal, si considero,
que siendo tu enemigo, es el primero.)

Dice, que sabe por noticias ciertas,
que por guardar la castidad que guardas
(no sé, señor, si en esta parte aciertas)
la sucesion anulas y acobardas,
y entregas, capitúlas y conciertas
á Castilla al frances, cuyas gallardas
lises las convidas, con cruel saña,
á la invasion de la invencible España.
Y así, de tus intentos condolido,
con noble pecho y con piedad humana
te pide, y yo por él, señor, te pido
la divina hermosura de tu hermana
para su esposa, püesto que vencido
está el inconveniente de cristiana,
en el no profesar iguales leyes,
con exemplares muchos de otros reyes.
Si en esto vienes, si á conciertos tales
te inclinas, estimando la persona
de Ximena, pondrá á sus pies reales
el laurel inmortal de su corona,
y vinculando paces inmortales,
con parentesco que la sangre ebona,
adornarán sus sienas algun dia
Lorca, Murcia, Xerez y Andalucía.
Pero si ingrato su afición desprecias,
pero si entregas al frances las llaves,
á una guerra darás dos causas necias,
á un castigo darás dos culpas graves:
si de español legítimo te precias,
cómo olvidarte de Pelayo sabes?
cómo al frances (resolucion extraña!)
entregar quieres la indomable España?
pues primero que en ella belicoso
Cárlos, de tí llamado, estampe huella,
has de ver nuestro ejército copioso
vengar á España en su mayor querella,
que bien sabrá valiente y animoso,
quien conquistarla supo, defendella,
y á tí, despues que la haya defendido,
te quitará el laurel no merecido.
Esto manda mi rey te notifique:
con la paz te convidó ó con la guerra:
aquella acepta ó esta se publique;
su amistad oye ó los oídos cierra,

porque el enojo ó la piedad se aplique á perdonar ó arruinar tu tierra, que para resistir tanto enemigo, primero, Alfonso, ha de acabar contigo

Key. Quiero, atento á mi decoro, *ap.* que Bernardo hable por mí.

Ya tu embaxada entendí:

Bernardo, responde al moro.

Bern. Dile á tu rey que se engaña, ó que le engañó el traydor, que imputó al rey mi señor, que quiere entregar á España:

y que tambien se condena á otro engaño, en entender que puede ser su muger la infanta doña Ximena.

Dos veces su engaño sienta,

si necio por él suspira,

que lo primero es mentira,

y lo segundo es afrenta.

Con esto te he respondido,

y quando hacer guerra intente,

dile, que junte su gente,

dile, que marche atrevido:

pero que si en Francia acaso

nos juntáremos yo y él,

partiremos el laurel,

impidiendo á Francia el paso.

Y que seremos amigos

contra la furia francesa;

pero acabada la empresa,

eternamente enemigos:

porque atento á mi valor

confiese España despues,

que la defendí al frances,

y la libré de almanzór.

Y puesto que aquí has andado

arrogante y atrevido,

el castigo merecido

á tus locuras no he dado,

porque embaxador no ofendes,

y enojado contra francia,

te perdono la arrogancia

por lo que ha España defiendes.

Abeny. Mi embaxada deslució. *ap.*

Bern. Vete, goza de la ley;

y si pregunta tu rey,

quien la respuesta te dió,

dí, que con pecho gallardo

respondió á su desatino

del rey Alfonso un sobrino,

y que se llama Bernardo:

no te vas? *Aben.* Graves respuestas

Bern. Aguardas á que me enoje,

y que enojado te arroje

por una ventana de estas?

Aben. Peso yo mucho, Bernardo,

y es mi rey muy poderoso.

Bern. Huélgome, que seas brioso.

Aben. Huélgome, que seas gallardo:

quando en presencia del dia

resplandece alguna estrella,

es señal que toca en ella

del sol la ardiente harmonía:

y pues tú brillando estás

en presencia del sol, creo,

que es conforme á su deseo

la respuesta y luz que das.

Bern. No de un sol, de muchos soles

un español se acompaña.

Aben. Tambien los moros de España

somos, Bernardo, españoles.

Bern. Africano sois, que en ella

vuestro imperio dilatasteis.

Aben. Y vosotros no baxasteis

de la scitia á poseella?

aliento, espíritu y manos

nos influye un cielo á todos:

que tuvieron mas los godos,

que tienen los africanos?

Bern. Ganarla al romano arnés

nuestras valientes espadas.

Aben. Y nosotros á lanzadas

os la quitamos despues.

Bern. Que fue á lanzadas conoces

mucha sangre derramando,

mas yo la iré restaurando

á bofetadas y á golpes.

Aben. Tira, y te responderá

aquella abrasada aioma,

aquel carbon de mahoma,

aquel pebete de Alá,

aquel adusto tizon,

ó abrasante maravilla

que deborando á castilla

á sus pies puso el leon.

Bern. Arrogante, moro, estás.

Aben. Toda la arrogancia es mia,

Bern. Yo te buscaré algún día.

Aheny. En el Carpio me hallarás,
Alcayde del Carpio soy.

Bern. Ya dudo, que en él me esperes.

Ahen. Ay de tí, si al Carpio fueres! *vase.*

Bern. Ay de tí, si al Carpio voy!

Rey. Invençible es su valor. *ap.*

Bern. Perdona si en tu presencia
me he tomado esta licencia
de responder á Almanzor
colérico y arrojado;
porque sé por cosa llana,
que ni le has de dar tu hermana,
ni al rey de Francia tu estado:
pues quando tú hacer intentes
qualquier cosa de las dos,
lo estorbarán, vive Dios
tus vasallos y parientes.

Rey. Qué valor tan atrevido!
Bernardo, está muy bien hecho,
de vos estoy satisfecho,
muy bien habeis respondido.

Besad ahora la mano
á Bermudo, en quien espero
tenga príncipe heredero
el leonés y el castellano.

Bern. Esa es injusta eleccion,
que toda piedad condena,
viviendo doña Ximena
su hermana infanta en Leon:
á ella sí, por soberana
señora, besaré el pie,
obedeciendo, antes que
á tu sobrino á tu hermana.
Y si por muger perdió
la accion al reyno, imagina,
que sobrino por sobrino,
ninguno es mejor que yo.

Rey. Si porque sobrino os diga,
Bernardo, os desvanecéis,
oidme atento y sabreis
la razon que á eso me obliga.

Bern. Pues para haber de escuchar
mas conforme á mi decoro,
la silla que dexó el moro, *siéntase.*
bien la puedo yo ocupar,
que la merezco mas bien,
y estoy, como veis armado,
de romper lanzas cansado,

y de estar en mí tambien.

Rey. Ya es sobrado atrevimiento:
levantaos, estaos en pie.

Bern. Nunca la silla dexé,
quando una vez tomé asiento.

Rey. Qué es aquesto, vil bastardo?

Inf. Señor:-*Bern.* Mire vuestra alteza:-

Bern. Vuestra es, señor, mi nobleza,
yo soy el mismo Bernardo
que habeis honrado hasta aquí,
á quien caballero armasteis,
y á quien sobrino llamasteis:
y siendo, señor, así,
mi honra está á vuestra cuenta,
pues dixisteis, vive Dios,
quien os afrentare á vos,
á mí, Bernardo, me afrenta.
Y pues ya de vuestra boca
afrentas tales oí,
la mitad me toca á mí,
y á vos la mitad os toca.

Rey. O villano mal nacido!
tambien conmigo se iguala?
prendedle. *Bern.* No hay en la sala
ninguno tan atrevido.

Rey. Qué esto sufro! qué esto aguardo!
no hay ninguno que se atreva?
matadle. *Bern.* Nadie se mueva,
cobardes, que soy Bernardo:
dame esa lanza. *Monz.* A ocasion
la pides. *Rey.* Llegad, prendelle,
vasallos. *Monz.* Nadie resuelle,
cobardes, que soy Monzon. *vause.*

Bern. Temerario atrevimiento!

Rey. A quien me dió este enemigo
yo le daré igual castigo;
ola, llevad á un convento
á Ximena, muera en él
sin ver al sol. *Inf.* Tus enojos
sienten con llanto mis ojos.

Bern. No es grandeza el ser cruel;
mira, señor:- *Rey.* Quien nació
mi sangre, cómo no siente
mi agravio? aspid reviente
quien ese monstruo parió.

Inf. Ojos, de tristeza llenos,
pedid llanto al corazón,
pues de que os falta ocasion
no os podeis quejar al menos.

Bien, que entre tantos enojos,
sin duda os podeis quejar,
que sois pocos á llorar,
si habeis de llorar enojos.
La pena que el alma siente,
aliviarla no podeis,
que ya veo que ofreceis
á mucho mar corta fuente.
Mas para males tan largos,
para penas tan crecidas,
para tales avenidas,
ojos, convertíos en Argos.
Rey. Quien con libre destemplanza
se ofende, me ofende á mí,
pidiendo está contra sí
el castigo y la venganza.
Berm. Señor:-- Rey. No hay que replicar,
á un tiempo habeis de partir,
por allí vos á morir,
por aquí vos á reynar. *vanse.*
Sale Abenyusef.

Abeny. Justamente enojado y ofendido,
la respuesta Almanzor de Alfonso ha oí-
y para castigar ya justamente, (do.
toma las armas y convoca gente.
Ya está la furia mía
midiendo el tiempo y deseando el dia
de verme en la campaña
con aquel su sobrino, que en la España
la libertad tan á su cargo toma,
desprecio de Almanzor y de mahoma:
ó extraño desvarío!
ó arrogante nacion! ó español brio!
*Sale Monzón de moro, vestido á lo gra-
cioso, con un papel.*

Monz. Jesus! temblando llego,
ciego de lengua, y de razones ciego,
á dar este papel: moro gallardo!
válgame un estornudo de Bernardo!
qué diré? que no acierto á saludalle:
Alayzalema. Aben. Extraordinario talle!
quién eres?

Monz. Soy un page á media rienda
de un moro (plegue á Dios que no lo enti-
que sale desterrado de Toledo: (enda) *ap.*
este papel te escribe. *dale un papel.*

Abeny. Excusa el miedo:
llega mas.

Monz. No es, señor, sino respeto,

que soy muy cortesano y muy discreto:
vive Dios, que el demonio no intentara
resolucion igual ni accion tan rara. *ap.*
*Lee Ab. Valeroso Abenyusef, solo por dar-
te cuenta de mis cosas quise pasar por
el Carpio: fuera de las murallas te aguar-
do, confiado en tu nobleza. Alá te guarde.*
No firme. *Monz.* Es discreto el amo mio.

Abeny. Mas parece papel de desafio.
Monz. Jesus! es muy tu amigo,
que viene muy de paz: qué es lo q digo?
Abeny. Qué digiste?

Monz. Perdido soy: Jesus dix: qué mengua!
lo q en alma está, dice la lengua. *ap.*
Abeny. Cómo se llama?

Monz. Aquí me coge vivo:
don, don:-- *Abeny.* Cómo?

Monz. Mal los nombres percibo.

Abeny. Tu dueño has olvidado?

Monz. Soy flaco de memoria y descuidado:
mas Dios me acuerde, si afirmarlo puedo:
Azarque es, desterrado de Toledo,
que es de Azarques muy antigua maña
el vivir desterrados en Ocaña. (re.
Ab. Ahora bien, dile q entre, sea quien fue-
Mon. Como va desterrado; hablarte quiere
primero. *Ab.* Entre aunq vaya desterrado.
Mon. Eso será despues de haberte hablado,
porque tambien y todo,
como va desterrado, importa el modo,
y el hablarte de paso,
porque va desterrado. *Ab.* Extraño caso!
qué haceis en referirme este destierro?

Mon. Difícil es, por Dios, cazar un perro.
Abeny. Vé y dile que ya salgo.

Monz. No fuera malo prevenirmos algo
de comer, porque estamos
en ayunas los mozos y los amos.
Abeny. Basta, que eres criado entretenido.

Monz. Comeré como un lobo descosido;
pero no mas de olvidarte de que espera
mi amo. *Abeny.* Luego voy.

Monz. De esta manera *ap.*
engañado, le aseguro.

Abeny. Dónde decís que está?

Monz. Fuera del muro:
no quieras dilatallo. (vase.

Ab. Mientras tu comes, me pondré á caballo
Monz. Qué comer? guarda pablo, q por yerro

vendrá á ser la comida pan de perro,
cogiéndome entre puertas
esos que ahora me las dan abiertas:
mientras toma el caballo se la pego,
tomando las del mismo Villadiego.

*Vase, y sale Bernardo de moro, con
lanza y adarga.*

Bern. Cuidadoso de Monzon,
arreatado á un freno dexo
el caballo, y poco á poco
á las murallas me acerco
por si sale Abenyusef,
el hecho mas árduo intento,
que acreditan las historias
de los romanos y griegos:
pero ya vuelve Monzon. *sale Monzon.*

Monz. Dame tus brazos.

Bern. Qué has hecho?

Monz. Abenyusef te lo diga,
que al galope de un ovéro
viene tras de mi buscando
al moro Azarque mi dueño,
que así te nombré, y que vienes
desterrado de Toledo.

Bern. Suerte dichosa he tenido.

Monz. No tan dichosa, que el perro
es un jayan, y no está
tan en la bolsa el suceso.

Bern. Qué importa, Monzon, si yo
tengo de mi parte al cielo?

Monz. Ya se apea del caballo,
y á verte viene resuelto.

Sale Abenyusef con lanza y adarga.

Bern. El moro es valiente y noble. *ap.*

Abeny. Guardaos Alá, caballero.

Bern. Bien venido, Abenyusef:
conocesme? *Abeny.* Tu escudero
me ha dicho, que eres Azarque,
y que por cierto destierro
dexas tu patria, aunque tú
en tu papel no hablas de esto.

Bern. Pues no soy sino Bernardo,
moro, que á cumplirte vengo
la palabra, y á buscarte
al Carpio, y yo soy el mesmo
que la respuesta te dió
en Leon, y quien pretendo
ahora darte á entender
quán diferentes y opuestos

somos godos y africanos,
aunque nos influya un cielo.

Abeny. Valiente eres y animoso,
nunca esperé lo que has hecho,
porque venirme á mis manos,
como al iman el acero,
tan bizarro en los peligros,
y tan hallado en los riesgos,
es accion que me ha cogido
de susto todo el aliento.

Bern. El que de español se precia,
obrando mas habla menos.

Abeny. Si he de pelear contigo
lanza á lanza y cuerpo á cuerpo,
bien podrás ser mas dichoso
consiguiendo el vencimiento,
pero mas valiente no.

Bern. Sí lo soy, pues solo vengo
solo á tu casa á buscarte.

Abeny. Toma el caballo.

Bern. Haz lo mesmo.

Abeny. Presto verás si te igualo.

Bern. Presto verás si te excedo.

Abeny. Lástima tengo á tus años.

Bern. Lo piadoso te agradezco. *vanse.*

Monz. A un golpe de la fortuna
se ha envidado todo el resto,
plegue á Dios, que no perdamos;
mas servirá de consuelo
á toda desdicha el ver,
que con buen punto perdemos.

Ya traban la escaramuza,
ya se buscan, y cubiertos
por la mitad de la adarga
tercian el robusto fresno.
Valiente y diestro es Bernardo,
el moro es valiente y diestro;
mas vive Dios, que el muchacho
entra y sale tan ligero,
que dos tiempos executa
primero que el moro un tiempo.
Ea, valor de castilla:
bravo golpe! bravo encuentro!
de la silla le ha sacado,
y desnudando el acero,
bizarramente destroza
la cabeza de aquel cuerpo.

Sale Bernardo embaynando la espada.

Bern. Aquesto es hecho, Monzon,

ponte en el caballo mesmo
del moro, con su cabeza
en el arzon, vé diciendo
por el Carpio; Santiago,
que del Carpio he de ser dueño.

Monz. Dame esa mano, señor,
que con lo que ahora has hecho,
Alcides fue un mata moscas,
una dueña fue Teséo,
y un euano, vive Cristo,
fue Aquiles, y callar puedo.

Bern. Haz, Monzon, lo que te mando.

Monz. Santiago al Carpio demos,
y en el caballo del moro
entraré por él diciendo
lo que ya en francia los hijos
de la Barbuda dixeron:

Santiago, Santiago. *Bern.* Viva
Alfonso, del Carpio dueño. *vanse.*

*Salen el rey, Bermudo, el conde don
Rubio y acompañamiento.*

Rey. En esta antigua y generosa villa
de Luna, donde á cortes se han juntado
los reynos de Leon y de Castilla,
quiero, Bermudo, que quedeis jurado.

Bern. Quié leváta su hechura, mas la humilla
mas vüestro quedo, quanto mas honrado.

Rey. Este castillo anciano, cuyas piedras,
del tiempo envejecidas peynan yedras,
larga prision ó sepultura ha sido
del desdichado conde de Saldaña:
aquí, de su traicion arrepentido,
exemplo vive á la lealtad de España.

Bern. Nunca mas de Bernardo se ha sabido,
que su soberbia presuncion le engaña.

Rub. Se sabe, que en el Carpio retirado,
sirviendo al moro, puede dar cuidado.

Rey. Nunca á mí me le dió: y yo he sabido,
que no solo á quien es Bernardo atiende,
religioso en la fe que ha recibido,
mas q̄ del Carpio la conquista emprende.
Esto, conde, es verdad: y aunq̄ atrevido,
su libre condicion tal vez me ofende,
como en él sangre mia considero,
quando estoy mas ayrado, mas le quiero.
Mas qué caxas son estas? *tocan caxas.*

Rub. Al son grave

de un atambor, q̄ los vientos inquieta,
y á la voz de un pífano suave,

que el contrapunto lleva á la baqueta,
Bernardo marcha. *Rey.* Ya sin duda sabe
la verdad, que hasta aquí le fue secreta,
y que en esta prision, viviendo muere
su padre el conde, y libertarle quiere.

Rub. Retirate, señor. *Rey.* Qué decís, conde?
yo retirarme? mi presencia sola
á ejército mayor no corresponde?
la autoridad real, la fe española
nunca retira el rostro ni le esconde:
yo solo, vive Dios, he de esperallo,
q̄ no hay valiente con su rey, vasallo.

*Sale Bernardo marchando, y Monzon con
banderas y cautivos presos.*

Bern. Señor, si tus pies merece
quien tu disgusto ocasiona,
para redimir mi culpa
te ofreceré una victoria.
Al Carpio llegué, y con una
estratagema dichosa,
á Abenyusef su Alcayde,
fiero blason de mahoma,
saqué á la campaña, á donde
de la mia á su persona,
le dí á entender las ventajas
de nuestra nacion heroyca.
Cuerpo á cuerpo le dí muerte,
escribiendo con la roxa
tinta de su sangre, triunfos
para la familia goda.
Con su cortada cabeza
pasé al Carpio (accion heroyca!)
á gobernar á los suyos:
descerrajé las mazmorras
de los cristianos cautivos,
y con su ayuda, aunque poca,
gané el Carpio; bien lo dicen,
aunque en moderada pompa,
esas banderas vencidas,
que arrastradas te se postran.
Y aspirando á mayor triunfo,
con esta pequeña escolta
de prisioneros cristianos,
alcancé feliz victoria
de diez y nueve castillos,
que rendidos me sobornan
con vasallage, obediencia,
con blasones, vanaglorias.
Todo es tuyo, solo quiero,

- porque al olvido se oponga,
el apellido del Carpio,
y por armas prodigiosas
los diez y nueve castillos,
triufo de mi espada sola.
- Rey.* Bernardo, sobrino, amigo,
poco hace quien os perdona,
quando vos sabeis ganaros
la gracia con tales obras.
Dame los brazos, y ya *abrazale.*
que sangre mia os abona,
poned un leon por armas,
y los castillos por orla.
- Bern.* Con tal favor, magno Alfonso,
temblará el Africa toda.
- Rey.* Abraza, á vuestro primo.
- Bern.* Honrais, primo, la corona
de leon, pues por vos solo
tan grandes aumentos goza.
- Sale doña Sol, y acompañamiento.*
- Sol.* Deme los pies vuestra alteza.
- Rey.* Sol habeisme suspendido:
quién á leon os ha traído?
- Sol.* Una eclipsada belleza,
la mas cortés humildad,
la grandeza mas postrada,
la fe mas ciega y vendada,
la mas presa libertad.
Sabiendo, señor, tu intento,
quien le venera y adora,
que es la infanta mi señora,
para hacer el juramento
poder bastante me ha dado;
y en fe de que mas se humilla,
el derecho de Castilla
en Bermudo ha renunciado:
esta es la renunciacion. *dale un papel.*
- Rey.* Sol, nunca mas lo habeis sido,
pues me habeis enternecido.
- Bern.* Aquesta es buena ocasion. *ap.*
Señor, si de mi lealtad
en parte alguna te obligas,
suplicote que me digas
aquella oculta verdad,
que sabes ignoro yo.
Cesen ya, cesen agravios,
y sepa yo de tus labios,
el padre que el ser me dió:
que afrentado en mis enojos,
siendo Sol la luz que estimo,
quando á mirarla me animo;
baxo cobarde los ojos.
- Rey.* Ambos estan á mis pies, *ap.*
y de ambos siento el pesar.
Sol, volvedme luego ha hablar;
Bernardo, vedme despues. *vanse.*
- Sol.* Qué tan poco valga en tí,
invicto Alfonso, mi llanto!
- Bern.* Qué en quien tiene de Dios tanto
huya la piedad así!
Sol hermosa, perdonad,
que del alma, si pudiera,
á vos la mitad os diera,
y á la infanta otra mitad.
- Sol.* Bernardo, en vuestros enojos
parte me toca y no poca;
mas como falta en la boca,
busco la lengua en los ojos.
- Bern.* Si vos tambien me encubris
este secreto, qué aguardo?
- Sol.* No puedo yo habiar, Bernardo.
- Bern.* Harto en eso me decís.
- Sol.* Y harto hago en encubrillo.
- Bern.* Y yo en tener sufrimiento
en la sinrazon que siento.
- Sol.* Este encantado castillo
encubre lo que buscaís.
- Bern.* Que decís?
- Sol.* No me entendeis?
desencantallo y vereis
todo lo que deseais. *vanse.*
- Bern.* Monzon, sin alma he quedado.
- Monz.* Y yo mucho mas, señor,
porque á quien no dá temor
ver un castillo encantado?
- Bern.* Vive el cielo soberano,
que no ha de quedar en el
piedra, cornisa ó lintel,
que no registre mi mano.
- Monz.* Sol, si esta nueva nos dais,
por qué tan presto os poneis?
- Bern.* Desencantadle y vereis
todo lo que deseais?
vén, Monzon, que de mi llanto
la serenidad es cierta.
- Monz.* Yo me quedaré á la puerta
mientras vences el encanto.
- Bern.* Qué poco estimais los gozos,

que yo he de partir contigo!

Monz. Nunca, señor, fui yo amigo de encantados calabozos.

Bern. En vano, Monzon, procuras quedarte; pasa delante.

Monz. De que caballero andante se cuentan mas aventuras?

Bern. Sol lo dixo, y pues lo es tanto, que deslumbra mi fortuna, entro al castillo de Luna á descifrar este encanto. *vanse.*

Sale el conde de Saldaña, con barba cana y cadena mal vestido, como que vá á tientas.

Cond. Desdichada suerte mia, hasta quando has de durar? noche, acaba de pasar, llegue de mi muerte el dia: noche es la noruega fria, de mis ojos muerte ayrada: cómo eres tarda y pesada? Mas debes de ser muger, muerte, pues mas quieres ser temida que no rogada.

Arrimase el conde, salen Bernardo y Monzon con las espadas desnudas.

Bern. Monzon? *Monz.* Señor.

Bern. Hasta aquí la luz del Sol me alumbraba.

Monz. Eclipsóla mi desdicha, aquí sus rayos no alcanzan.

Bern. Qué obscuridad! *Cond.* Ay de mil!

Bern. Válgame Dios!

Monz. Qué encantada voz! Santa Clara bendita, si sois por Clara abogada de obscuridades, lo claro de vuestro nombre me valga.

Cond. Triste de mí, sin ventura!

Monz. Cadenita nos arrastra? moro encantado tenemos.

Bern. Ardientes suspiros lanza, y tristes lágrimas vierte.

Monz. De esta manera lloraba aquel cautivo en Orán en la desierta campaña; mas aquí, señor, yo pienso, que dos mil demonios andan.

Bern. Vivé Dios, que he de saber

quien se queja, ó porque causa.

Cond. Quando entré en este castillo apenas tenia barba, y ahora por mi desdicha, la tengo crecida y cana.

Olvidado estoy, sin duda: pero quien está en desgracia de su rey, todos le olvidan, hasta su sangre le falta.

Qué bien se vé! pues mi hijo, siendo prenda tan del alma, con tanto descuido vive, con tanto olvido me agravia. Valiente me dicen que es los monteros y los guardas, que dicen sus valentias, y me cuentan sus hazañas.

Bern. Hacia aquí, si no me engaño, queda una voz se escuchaba.

Cond. Ay hijo del alma mia! sombra he quedado y fantasma de estas obscuras tinieblas, de estas lóbregas moradas.

Monz. Fantasma dixo? qué esperas? quién nos mete con fantasmas?

Bern. Quién eres, sombrá ó vision, que atemorizas y espantas? de qué agravio te lamentas? de qué sin razon te agravias?

Cond. Quién es el que lo pregunta?

Bern. Quien, pisando horrores, llama á los peligros, se atreve á poner aquí las plantas de este encantado castillo, porque le importa á su fama saber lo que en él se encierra.

Cond. Si esa inclinacion gallarda tuviera algun hijo mio, no fueran mis penas tantas.

Bern. Haced cuenta que lo soy, y decidme lo que os falta, que vive Dios, que descienda de un riesgo en otro, á la estancia del abismo, y que encadene aquel monstruo de tres caras con los yerros que le afligen, y vuestro encanto deshaga.

Cond. No estoy encantado, no, muerto sí, que es mas desgracia.

Mouz. Muerto dixo? aquí del miedo:
aun peor está que estaba.

Cond. Posible es que no sabeis
mi historia, quando en españa
es tan pública, que ya
hasta los niños la cantan?

Bern. Que yo lo ignoro confieso.

Cond. Entre otras pobres alnajas
ha de haber aquí una silla: *siéntase.*
sentaos, la oireis, que no es larga.
Muchos años ha (que muchos
son los que en prision se pasan)
que en aquestos hierros vivo,
siendo otros yerros la causa:
aunque si yerros de amor
se disculpan en quien ama,
nunca en generosos pechos
cupieron tantas venganzas.
Verdad es que de mis penas
la mas crecida no iguala
al menor bien que gocé;
que aunque todas las pasadas
glorias parecen menores,
las mias no se comparan
con las demás, porque fueron
mas allá de la esperanza.
Volé al sol (qué atrevimiento!)
llegué al sol (qué libres alas!)
fuí envidiado (qué peligro!)
caí del sol (qué desgracia!)
Fuí yo en mis años primeros
muy dichoso con las damas,
que era muy galan decian:
ay Dios, cómo se engañaban!
puse los ojos en una,
que por lo menos fue hermana
del rey de Leon el casto:
aquí la memoria acaba,
perdonad, que me enternezco
en tratando de la infanta.

Bern. Descansad, que con el llanto
los ailigidos descansan.

Cond. Merecí favores suyos,
y resultó de esta causa
un hijo, que ahora (ay de mí!)
con qué ingratitud me paga
el ser que le dí, pues nunca
se ha acordado de mis canas!
serví al rey contra los moros

de Toledo y Calatrava,
ganando muchas victorias,
venciendo muchas batallas,
porque peleaba amor
con el afecto y las armas.
Las mercedes que me hacia
á mis amigos la daba
para enmudecer la envidia,
si hay precio que tanto valga.
Viéndome, al fin, un traydor,
que era el mismo que criaba
mi hijo; zeloso en fin,
que zelos lealtad no guardan.
Descubrió al rey el secreto,
y con unas falsas cartas
á este castillo me envia,
donde riguroso manda,
que en él me saquen los ojos,
y que en esta prision vaya,
como el gusano de seda,
con mi llanto y con mis ansias,
labrando para la vida
el sepulcro y la mortaja.
Pero lo que mas me aflige
en penas tan dilatadas,
es, que la sangre en mi hijo
ni le incita ni le llama,
ni de mi prision se ofende,
ni de mi olvido se agravia.
Sobrino le llama el rey,
y pienso que esta es la causa
que le obliga á este desprecio;
pues vive Dios que se engaña,
que si es noble, por mi es noble,
si es valiente, de mi espada
heredó la valentía:
si las lunas Africanas
pone á sus pies, de mi historia
son capítulos que arranca,
párrafos que deletrea,
y cláusulas que traslada.
Enojado estoy: ay hijo!
perdona si mis palabras
te ofenden, y vos, señor,
perdonadme, que me saca
de la modestia el pesar
pero la vejez me salva.

Bern. Puede ser que vuestro hijo
viva en la misma ignorancia

que yo , que nunca he sabido
de quanto decís palabra:
cómo se llama? *Cond.* No sé;
ya no sé como se llama,
que solo el nombre de hijo
tenaz la memoria guarda.
El Carpio ha ganado ahora,
y fuera mejor ganancia
dar libertad á su padre,
ó á lo menos procurarla.

Bern. Ay padre del alma mia! *ap.*
llegó el desengaño al alma;
mas basta saber quien es,
hagan los efectos pausa,
y al silencio de los labios
mueva el corazon las alas.
Podré yo saber quien sois?

Cond. Notable es vuestra ignorancia,
pues mi nombre no sabeis:
el conde soy de Saldaña.

Bern. Dexa padre generoso,
que en su llanto se deshaga
á tus pies un hijo indigno. *arrodillase.*

Cond. Qué decís? aquí se acaba
mi vida , que del contento
tal vez la alegría mata.

Bern. Bernardo tu hijo soy.

Cond. Bernardo , hijo , que el alma,
se me acabó de alegrar,
(ay hijo de mis entrañas!)
ya estarás hombre? *Ber.* Ytáa hombre,
que á saber esta ignorada
verdad , hubiera deshecho
piedra á piedra la muralla
de esta prision por librarte,
aunque al respeto faltara:
mas que del rey , tengo queja
de tí , porque lo callabas,
quando la sangre en mi pecho
me lo dixo veces tantas.

Monz. Y Monzon tambien , señor,
va pelechando , aunque anda
á pleyto con sus vigotes,
porque de tan mala gana
salen , que barba á lo tigre,
un pelo aquí , y otro en Francia.

Cond. Hijo , Monzon , aquí estás?

Monz. Si señor , la mano alarga,
tentarás unos vigotes

sietemesinos , que aguardan.
un barbero del Japon
con indianas esperanzas;
y por ello pienso , que
les han quemado en estátua.

Bern. A deshacer este encanto
me entré aquí , y porque deshaga
encanto y agravio á un tiempo,
hoy , á pesar de las guardas,
Aguiles de aquestos hombros,
saldrás de prision tan larga.

Cond. No , hijo , no quiero yo,
con el amor os culpaba;
sin que lo consienta el rey,
ni aun la libertad me agrada.
Pedidsela vos , Bernardo,
que de los reyes la gracia
que de la ingratitud se pierde,
y con los ruegos se gana.

Monz. Señor , el rey , don Bermudo,
doña Sol , don Rubio y hachas,
una procesion , con otra
de picas y de alabardas,
van entrando. *Cond.* Ay de mí triste!
muerto soy : sobresaltada
la vida entre dos extremos
se apesura y se desmaya.

*Salen el rey , doña Sol , Bermudo , don
Rubio y acompañamiento con hachas.*

Rey. Retiraos , dexadme solo,
y porque nadie se salga,
echad , Alcayde el rastrillo.

Bern. Con que tú lo mandes , basta
que para prender leales,
rastrillos son las patarinas
de los reyes , mayormente
quando al filo de esta espada,
ni herrada puerta es defensa,
ni fuerte rastrillo es guarda.
Alfonso , rey de Castilla
y de Leon , á quien llaman
el Casto (pluguiera al cielo,
que nunca te lo llamaran,
pues es virtud , que en los reyes
la sucesion embaraza)
yo soy Bernardo del Carpio,
y yo nací de tu hermana
la infanta doña Ximena
y del conde de Saldaña.

Esta verdad me has negado:
 y aunque sobrino me llamas,
 no es buen parentesco aquel
 á donde el padre se calla.
 Yo le he hallado en el castillo,
 á quien encantado llaman,
 quizá porque tú, señor
 en él á mi padre encantas.
 A rescate te lo pido:
 mira quantas Africanas
 cabezas quieres por él;
 y si aquesto no te agrada,
 y en tu reyno esta moneda
 por forastera no pasa,
 banderas, villas, castillos
 te ofrezco; quede asentada
 en tus libros la razon,
 que como mi padre salga
 de la prision, el valor
 de Bernardo la afianza.
 Mas si cruel me la niegas,
 aun bien que á puerta cerrada
 nos hallamos, vive Dios,
 que de quantos te acompañan
 no ha de quedar hombre vivo,
 empezando mi venganza *desembayna*,
 por algun cobarde amigo,
 que traydor me escucha y calla.
 Y quando me haya vengado
 pondré, señor, á tus plantas
 mi cabeza, porque veas,
 que la obediencia no falta.

Rey. Cese, Bernardo, el enojo,

vuelve la espada á la bayna,
 que á daros á vuestro padre
 entré aquí, y á que la infanta
 sea su esposa, y vos quedeis
 legítimo á fuer de España.

Bern. A fuer de esclavo, señor,
 mi boca en tus pies se estampa.
 conde, señor:-- mas qué es esto?
 muerto está. *Rey.* Qué decís?

Bern. Basta,
 que, ó le mató el contento,
 ó el respeto de que entrabas.

Rey. Miradlo bien.

Bern. Marmol frio

yace en cadenas pesadas:
 há buen conde Sancho Diaz!
 há buen señor de Saldaña!

Rey. La mano aun despues de muerto,
 se la ha de dar á mi hermana.

Bern. Retiraos todos, que quiero
 cortar prision tan pesada
 con el lustre de mis glorias,
 ó el filo de aquesta espada:
 Sol, vuestro esclavo es Bernardo.

Sol. Soy dichosa. *Monz.* Porque vaya
 la sogá tras el caldero,
 yo me casaré mañana
 al instante. *Bern.* Y el bastardo
 de Castilla en esto acaba.

Monz. El casamiento en la muerte,
 el tálamo en la mortaja,
 y á un tiempo exéquias y bodas,
 que esto hace quien se casa.

F I N.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de Joseph
 y Thomás de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al
 Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se
 hallará esta y otras de diferentes Títulos.

Año 1776.